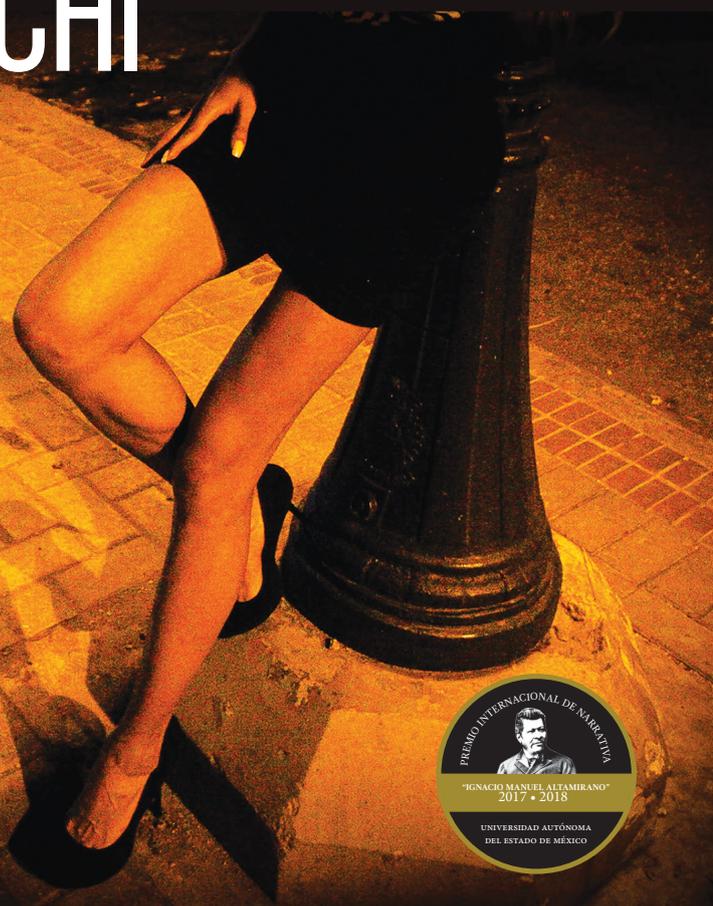


YADY  
CAMPO RAMÍREZ

# NUBES NEGRAS SOBRE BIANCHI





Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca  
Rector

M. en S.P. María Estela Delgado Maya  
Secretaría de Docencia

Dr. en C.I. Carlos Eduardo Barrera Díaz  
Secretario de Investigación  
y Estudios Avanzados

Dr. en C.S. Luis Raúl Ortiz Ramírez  
Secretario de Rectoría

Dr. en A. José Edgar Miranda Ortiz  
Secretario de Difusión Cultural

M. en C. Jannet Valero Vilchis  
Secretaria de Extensión y Vinculación

M. en E. Javier González Martínez  
Secretario de Administración

Dr. en C.C. José Raymundo Marcial Romero  
Secretario de Planeación  
y Desarrollo Institucional

M. en L.A. María del Pilar Ampudia García  
Secretaria de Cooperación Internacional

Dra. en D. Monica Marina Mondragón Ixtlahuac  
Secretaria de Cultura Física y Deporte

Dra. en D. Luz María Zarza Delgado  
Abogada General

Lic. en Com. Gastón Pedraza Muñoz  
Director General de Comunicación Universitaria

M. en R.I. Jorge Bernaldez García  
Secretario Técnico de la Rectoría

M. en A.P. Guadalupe Santamaría González  
Directora General de Centros Universitarios  
y Unidades Académicas Profesionales

M. en A. Ignacio Gutiérrez Padilla  
Contralor

Nubes negras  
sobre Bianchi

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS  
*Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México*

*Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca*  
Rector

*Dr. en A. José Edgar Miranda Ortiz*  
Secretario de Difusión Cultural

*M. en A. Jorge E. Robles Álvarez*  
Director de Publicaciones Universitarias

Comité organizador del 15º Premio Internacional de Narrativa  
“Ignacio Manuel Altamirano”

José Edgar Miranda Ortiz  
Gabriela E. Lara Torres  
Alicia Gutiérrez Romo

**Jurado**

Laura Martínez Belli, España  
Jaime Mesa, México  
Antonio Ortuño, México

Yady  
Campo Ramírez

# NUBES NEGRAS SOBRE BIANCHI



**Universidad Autónoma del Estado de México**

*“2018, Año del 190 Aniversario de la Universidad Autónoma del Estado de México”*

Primera edición, septiembre 2018

*Nubes negras sobre Bianchi*

Yady Campo Ramírez

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: (52) 722 277 38 35 y 36

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia de *Creative Commons* Reconocimiento 4.0 Internacional. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación:

Campo Ramírez, Yady (2018), *Nubes negras sobre Bianchi*, México, Universidad Autónoma del Estado de México.

ISBN: 978-607-422-973-8

Impreso y hecho en México

*Printed and made in Mexico*

## PRESENTACIÓN

La Universidad Autónoma del Estado de México ha instaurado el Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano” para homenajear a un alumno emblemático del Instituto Literario, autor de *Clemencia*, *La Navidad en las montañas*, *El Zarco* y diversas obras magistrales que lo inmortalizan como uno de los escritores más relevantes del siglo XIX en México.

En la decimoquinta edición del certamen, los escritores Laura Martínez Belli, de España, y los mexicanos Jaime Mesa y Antonio Ortuño, en su calidad de miembros del jurado calificador, luego de revisar los 504 trabajos inscritos a concurso, decidieron conferir el prestigiado galardón a la novela *Nubes negras sobre Bianchi*, de la escritora venezolana Yady Sorleth Campo Ramírez.

Con el recurso del humor desenfadado para contrastar las diversas situaciones que ocurren a lo largo de una trama dominada por crímenes de odio, la autora entrevera realidades del momento venezolano con elementos de la vida cotidiana para tensar esta historia y mantener con ello la atención de sus lectores. Refleja, en cierta medida, el excelente estado de la narrativa latinoamericana.

Para la Universidad Autónoma del Estado de México resulta halagador que este título de la venezolana Yady Sorleth se integre al acervo del Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”, pues contribuye a enriquecer la cultura en Latinoamérica.

Dr. Alfredo Barrera Baca  
RECTOR

*Para mi hermana Mayra,  
en las buenas  
y en las malas.*



## I

Suena el despertador y siento que no he dormido un coño. Los párpados me pesan. Un ratito más, no joda, me digo y me dejo llevar a ese estado hiperplacentero en el que uno no está completamente dormido, pero tampoco está despierto. Escucho mi propio ronquido; es un pitico ahogado que si no fuera mío me ladillaría. Vuelve a sonar el despertador y puteo madres por no ser rica y poder levantarme a la hora que me dé la gana. La luz del sol penetrando por la cortina es insoportable. Será un día caluroso. A las doce del mediodía no habrá prenda que uno pueda soportar. Se le empegotará al cuerpo como un gusano asqueroso. No importa lo que me ponga: el calor de hoy promete parecerse a un infierno.

Amo mi cama, ¿la cama?, ¡qué toches! ¡Dormir! Corrijo: amo dormir. Cómo quisiera quedarme en ella hasta las doce. No importa el calor. No importa que deba mantener el ventilador y su ruuuuuuuuuuuuuu fastidioso toda la mañana. Prefiero ese ruidito molesto. Dormir es divino.

¡Pero si es tardíiiiiiiiiisimo! Vuelo. Me doy un baño militar y me pongo lo primero que consigo en el closet. Hay ropa sucia, chancletas y pantys por todas partes. Mi habitación es un desastre. Otro día lo arreglo. Me doy un coñazo con el ventilador. ¡Toche ventilador! ¿Quién lo pondría ahí? No joda, verdad que vivo sola. Que peo no tener a quién echarle la culpa.

Agarro un colado de frutas de la alacena. Hay avena en hojuelas, cereal dietético, mezcla para hacer cachapas,

ciruelas sin semillas y galletas Club Social, pero prefiero la compota porque no tengo tiempo de nada. También, la vianda que dejé en la nevera. Espero que no se haya podrido esta vaina porque no tengo plata pa' comer en la calle.

El pasillo, tomar el ascensor, saludar a los vejestorios que tengo por vecinos y trancar la Multilock de la entrada del edificio se me hacen una eternidad. Es tarde, el doctor Bianchi va a matarme, coño. ¿Por qué tenía que trasnocharme chateando con Raúl? Ah, claro, es que está tan bueno. ¡Ufff!, qué pecho, irresistible. Me hubiese podido quedar extasiada en aquellas curvas.

Camino lo más rápido posible. El sonido de los motorizados me pone el corazón a millón. Ruuuuuuuuuuuuun, suenan. Torean los carros. Me asusta que alguno me pegue un arrebato de cartera. No tengo plata, pero quedarme sin cédula, sin tarjetas, sin llaves, no, qué ladilla. Que ninguno de esos pajúos se le ocurra atracarme tan temprano. Necesito llegar a Bianchi rápido porque si no, el doctor va a matarme. Coño, buseta, aparezca, aparezca.

En la entrada del Galerías Ávila hay una fila de taxis esperando oficinistas, secretarias, gerentes de banco y hasta señoras de mantenimiento tan atrasados como yo pa' quitarles media quincena y hacer su agosto. Pues no, no les voy a dar gusto. Busetica aparezca, aparezca. Diosito, hágame el milagro. Por favor, por favor. La cara de los otros usuarios esperando la llegada del bus no expresa más que fastidio. El Ávila nos regala un panorama verde, espectacular, quiere sacarnos de nuestro afán por llegar a donde vamos. Pensándolo bien, hoy ni mil Ávilas juntos me quitan la angustia de llegar otra vez tarde a la clínica.

Por fin llega ese perol destartalado. Nos arremolinamos hasta quedar como sardinas en lata. Es mi salvación. Gracias,

Dios, eres mi salvador. Al traste de buseta esa le cuesta subir la avenida con todo ese peso encima. ¿Cuándo irán a mejorar la flota de unidades de esta vaina? En lo que vamos coronando la cuesta de Clínicas Caracas, miro de reojo a las dos gordotas que van en la unidad y mentalmente les puteo la madre. Hubiesen agarrado la otra, no joda, así esta verga subiría sin problema y yo no llegaría tan tarde. Qué ladilla. Bueno, yo tampoco estoy tan flaca que se diga. La lipo del año pasado se me fue pa'l coño con tanta tragadera.

En la parada, señor, por favor. No me escucha este viejo malpa... En la parada, grito a ver si su rockola lo deja oírme el desespero por no llegar con tanto retraso. Son veinte, aquí falta, dice arrecho. ¿Veinte? ¿Y cuándo subió? Le replico sorprendida. Qué desgracia que todo suba en este país. Tome, señor, disculpe no sabía, y me bajo casi que corriendo de aquel vetusto.

Buenos días, doctora, me dice Gilberto y se sonrío pícaramente. Me abre la puerta gentil. Yo entro con el mismo paso acelerado. Han sido tantas las veces que me ha visto llegar tarde que cuando madrugo no duda en soltarme: ¿Se cayó de la cama, doctora? Y me pela esos dientes podridos que me causan tanto asco. Si yo fuera la directora de Talento Humano jamás hubiese contratado a semejante esperpento. Preferiría que nos recibieran vigilantes guapos, fortachones, estilo La Roca o Piqué. ¡Hum, así sí provocaría madrugar pa' esta vaina!

Buenos días, digo en un tonito de perro regañado cuando entro a la sala de conferencias. Apenas uno que otro contesta socarronamente mi saludo. El doctor Bianchi sigue como si nada. Se ve que está arrecho. No joda, ¿por qué tenía que llegar tarde otra vez?, ¡qué ladilla! Saco mi libreta y hago como que voy a anotar. No entiendo un toche de lo que explica el viejo.

¿De qué ‘ta hablando?, le susurro a la ecuatoriana a ver si puedo ubicarme un poco en el tiempo y espacio. Shhhhhh, ahorita te explico, me dice con cara de “calle la jeta, cate que llega tarde coge a joder”. Trato de fisgonear las anotaciones de Orlando, el caliche, a ver si logro algo, pero escribe demasiado chiquito. Marico tenía que ser, me digo. Le sonrío y él me hace un gesto como de *Tranqui, yo le presto los apuntes más tarde*.

Me concentro en lo que expone el doctor. Señala de su presentación de PowerPoint: “Según la Organización Mundial de la Salud (OMS), es una enfermedad física y psicoemocional que crea una dependencia o necesidad hacia una sustancia, actividad o relación”.

—¿Un ejemplo? —Cuestiona serio, con ese defectico que tiene al hablar que pareciera como si tuviera una papa en la boca.

El salió del Ché levanta la mano de inmediato. Qué resapo. Lo odio. Las drogas, dice con ese tonito de sabelotodo que tanto odio. Correcto, alaba el doctor. ¿Otro?, vuelve a preguntar.

—La masturbación, —contesto velocípida, antes de que otro “talento continental” vuelva a lucirse delante del doctor.

—¿La masturbación?, —dice dubitativo.

(La cagué, qué ladilla, la cagué)

—A ver, doctora Hernández, ¿por qué la masturbación forma parte de las adicciones?

(Trago saliva y recuerdo que no tengo nada en el estómago. Siento un retorrijón. ¿Me voy a cagar en serio?)

—Se considerará una adicción cuando el individuo cree una dependencia, es decir, cuando ya noooo (toy enredada, vuelta un culo, la cagué, no chatearé con Raulito más, madrugaré, lo prometo)... o sea, cuando ya sea imposible vivir sin eso, sin masturbarse.

Excelente, dice.

Continúa con su ronda de preguntas. La ecuatoriana y el Ché hacen lo propio y dan ejemplos mucho más atinados que el mío. Son unos cerebritos, no sé por qué tenemos que ver clases juntos si ellos van más adelantados que yo. Eso es trampa.

A mitad de clase, el doctor Bianchi da un receso para tomar una merienda o ir al baño. Me como la compota con un hambre que me parece una delicia. ¿A ti no te dio tiempo de preparar algo más decente, pero sobre todo nutritivo? Dice burlona la ecuatoriana. De milagro llegué, Mary, me acosté muy tarde anoche. Imagínese que me dormí encima de la laptop. ¡Ay!, María del Carmen tú no cambias, y se ríe con profusión. Tiene en su mirada una mezcla de reproche-conmiseración. *Ay, sí, perdón, perdón, disculpen que no sea una cerebritito*, me provoca decirle, pero en vez de eso: ¿Qué dijo el viejo antes que yo llegara?

Que este sábado vamos a pasar revista al Pérez de León. Hay un trans al que le unieron su nuevo conducto vaginal con el rectal y ahora está cagando por la chucha. ¡Uy!, contesto asqueada. Sí, pobrecito, explica ella, tiene fiebre por la septisemia. Lo peor es que el médico que lo operó no se hizo responsable y se perdió pa'l coño.

Para ser de Ecuador, Mary habla muy bien el caraqueño. Ya se le pegó el nojoda, carajo, coño y hasta vale. Eso sí, sus meses en Caracas no le han hecho dejar de odiar el becerro que resopla en cualquier esquina y mucho menos los mamawevos. Le siguen pareciendo horrosos.

Y yo que quería pararme tarde este sábado, qué ladilla, contesto pesarosa. Bueno, ya habrá tiempo pa' dormir cuando nos muramos, contesta irónica.

El resto de la clase me pareció una papaya. Intervine lo más que pude. El marico Ché no deja show pa' nadie. Tuve casi

que arrebatarle el derecho de palabra. Es un intenso. Pobres novios. ¿Cómo coños se lo calan? Cuando me dice gocha con ese tonito de marico resentido lo odio con todas mis fuerzas. Yo sé que me envidia a todo lo que da. Que no resiste la idea de que con un culo como el mío me puedo levantar al tipo que me dé la gana. A él seguro le toca a punta de labia, billete y ese acento foráneo que a la larga hasta bonitico es.

Gochita, gochita, me dice zalamero. Lo odio. Hago que no lo oigo. Disimulo. Gochita: ¿Y ahora por qué llegaste tarde? ¿Le hiciste un striptease al nuevo novio que tenés? A ver, mostranos cómo es. E intenta arrebatarme el celular. Lo alejo de él con toda la rabia que puedo. Deje quieto. No sea metido, le reclamo. A ver, suelta, suelta, gochita de mi alma, me dice tratando de tomarlo otra vez. Que no, dije que no, y no es no, yo no sé por qué usted es tan sapo. ¿No le basta con las fotos de sus novios desnudos? Y me río triunfante. Ah, verdad que usted no tiene novio.

Ala, gocha, no te metás con el pobre Aldo, dice el caliche como el amordepadre que es. Usted no se meta, Orlando, mire que Aldo es más metido que pantaleta sin caucho y si uno se descuida le revisa hasta los pensamientos.

¡Queeee!, vos si inventás, dice el Ché resentido. Pero mostrá, mostrá, me dice, y dale con el celular. Me provoca meterle un coñazo. Los R2 no deberían comer con los R1, le digo seria. Mirá la otra, alude Orlando, agradecé que podés compartir con nosotros y “nutrirte” con nuestra experiencia.

¡Ja!, me río de la experiencia de ustedes.

Bueno, ya, dejen la pelea, vamos a almorzar en paz. Miren que ahorita tenemos la corrección del libro del doctor y debemos llevar la fiesta en paz, dice la ecuatoriana con tono apaciguador, mientras calienta su vianda en el microondas.

¡Ay!, no qué ladilla, me voy a dormir encima de la compu. Los R1 no deberían corregir, planteo en tono de lamento.

Pues vete entonces, replica el caliche, a quien ya no sé distinguirle el acento, ¿será medallo, cachaco o costeño? Vete y esperá que el título de sexóloga te caigá del cielo, dice con sorna. ¿O es que vos qué creés? Que las sesiones de sexo virtual que te lanzás todas las noches te hacen una profesional en el área, ¿ah?, y se ríe como si estuviera en pleno *stand comedy*.

Ja, ja, ja, muy gracioso, le replico y me acuerdo que se me olvidó apagar el calentador. ¡Coño de su madre!

## II

Ya tengo ordenadito mi cuarto. Parece otro. El ventilador no me alcanza a enfriar ni un poquito de todo lo que sudé limpiando. ¡Ufff!, si pudiera traerme el aire acondicionado de mi apartamento de los Andes, lástima. Cómo me hace falta.

En el rincón tengo una columna de empaques con papel sanitario que he ido guardando desde que llegué a Caracas. La cosa no pinta muy bien en el país y no puedo arriesgarme a quedarme pelando. También tengo toallas sanitarias, protectores diarios y hasta toallitas húmedas. El que las vea dirá que estoy loca. Si llegara a reventar un peo no me servirían pa' comer, de bola. Si se repitiera un caracazo o un 4F estaría solo preparada pa' limpiarme la chorreada tan arrecha que me daría escuchar la plomamentazón.

Si tan siquiera la Bianchi quedara para otro sector, pero no, tenían que ubicarla en San Bernardino, donde los alquileres son más caros que pegarle a la mamá. Un apartaestudio en La Candelaria fue lo más decente y cercano que encontré para no llegar tan tarde. De aquí a la clínica es poco, pero también de aquí a Miraflores es un pasito. Si se armara un peo escucharía hasta la renuncia de los ministros.

El papel y las toallas no me servirán pa' comer, pero igual voy a seguir comprando y guardando porque una mujer prevenida vale por dos (y hasta por tres).

A ver, ¿qué me falta? ¡Ah, sí!, bañarme, hacer el almuerzo de mañana y estudiar sobre el cerebro. Estoy *refull* cansada. Necesito un spa. Una buena dosis de chocolaterapia me haría

mucho bien. Voy a revisar en Aprovecha.com, capaz y hay alguna oferta imperdible, pero primero lo primero: terminar de barrer.

¡Ayayayayy!, me gusta el olor que tiene la mañana// me gusta el primer traguito de café//. Ese ringtone me va a volver loca. Voy a ver si lo cambio por algo más veneco.

—Aló

(Es mi amiga Rosaura) —¿Qué pasó, mujer?

—Hola Mariita, ¿cómo anda?

(Me dice cariñosa. Zalamera más bien)

—Ahí, más o menos; cargo un sueñero, y eso que no son ni las nueve y media.

—Es que usted se acuesta muy tarde —me reclama—. Yo ya voy a acostarme, usted sabe que soy como las gallinas, pero primero quería cuadrar con usted cuándo nos vemos.

—Pues, —demoro en contestar, tengo tantas vainas en la cabeza—, pues, yo creo que este domingo.

—¿El domingo? ¿Y por qué no el sábado? Hay una película fina en la cinemateca —se le siente un tonito ilusionado, como si hablara de un novio.

—¿Qué película? Usted sí la caga, allá pasan puras películas chimbas. Más bien avíseme cuando llegue *Actividad paranormal*.

—¿Qué? Mariita, usted sabe que yo no veo películas de miedo. Mire, si no estoy equivocada hay un festival de cine norteamericano. ¡Vamos! No sea así. La otra vez vimos *La teta asustada* y era fina, ¿o no?

—Más aburrida, —contesto risueña—, lo único bueno fue lo de la papa en la chocha, más nada, ¡ja, ja, ja!—.

(Mi comentario le da un ataque de risa)

—¡Boba! Usted si es, ¡ja, ja, ja!

(Contesta entre risas)

—Sí, de pana, menos mal le sacaron la papa pa' que el pobre bobo al fin le pueda meter la yuca ja, ja, ja.

(Y ahí sí ya ninguna puede hablar. De ambos auriculares solo suena risa y risa)

—De pana, Mariíta, acompáñeme.

—No, Rosaurita, no es que no quiera ir, es que de pana creo que voy a tener clases.

—¿Los sábados?

—Usted sabe que eso depende del viejo. Bianchi nos puede meter clases los sábados o los domingos. Si hay sábado, no tengo el domingo y viceversa.

—Que chimbo. Bueno, me avisa. —Contesta pesarosa.

—Claro, yo le aviso.

—Mire, por cierto, ¿qué pasó con el trans que habían operado mal?

—Ah, sí, ya está bien —le digo cortante— ¿Usted cómo supo?

(¿Será que le dije?)

—Pues usted me dijo, tonta. Además, salió en *Últimas Noticias*, ¿no se acuerda?

—Ah, verdad... ¿y qué decían del doctor Bianchi?

—No sé, yo recuerdo que en la noticia decían que al pobre hombre lo operaron y por mala praxis ahora estaba “defecando” por su nueva vagina.

—Es verdad, le explico, a ver: cuando fuimos todavía estaba con pinta de muerto. El doctor que lo intervino le estaba donando la operación; o sea, se la hizo gratis pa' probar una nueva técnica y en lo que vio que se complicó, picó cauchos.

—¿Y entonces por qué usted dice que está bien?

—Porque lo fuimos a ver otra vez el jueves y ya tenía mejor semblante. Lo que pasa, Rosaura, es que entre la cavidad vaginal y la vía rectal hay un huesito muy delgado.

Es decir, los separa una pared muy delgadita, entonces se puede romper con facilidad. Por eso es que a algunas mujeres cuando las violan se les unen las dos vías, horrible.

—Ah, ok, —contesta como despabilada— ¿Y va a demandar?

—No, ¿pa' qué? La sociedad médica se cubre las espaldas, hija. No hay nada que hacer. El doctor Bianchi cuadró con otro médico volverlo a reconstruir y acomodar el desastre.

—¿Y éstos sí le van a cobrar?

—No, tampoco. Allí todo el mundo se cobra y se da los vueltos. Con lo que consigán, más lo que le reparen escribirán un artículo que llevarán a un congreso y después en un libro y así.

—Claro, entiendo.

(Aunque yo creo que no me entiende un toche)

—Bueno, quedamos así, si no le meten clases este sábado vamos pa' la cinemateca y si le clavan la yuca, pues será el domingo.

—Chévere.

(Respondo y corto. Rosaura siempre se encadena y hay que cortarla)

A ver, a ver, ¿dónde estaba?, ¡ah!, sí: barrer. Pero primero voy a mirar en Aprovecha, capaz y consigo una oferta de cirugía capilar porque este pelo parece una escoba.

¡Ayayayyyyy!... Es Rosaura.

(¿Otra vez?)

—Aló, ¿y ahora qué pasó?

—Ah, Mariíta, se me olvidó comentarle que mataron a otro trans en la Libertador. Según el reporte ya van nueve este año.

—¿En serio, chama?

—En serio, Mariíta. ¿Qué dice su jefe de eso?

—Yo creo que el doctor Bianchi no sabe; se la pasa demasiado ocupado.

—¡Ah!, bueno ahí le dejo eso, Maríita. Yo apenas leí la vaina me acordé de usted, pero casi se me olvida decirle.

—Gracias, Rosaurita, quedamos así.

Qué pereza, tengo que preparar la comida de mañana y yo con estas ganas de dormir. De la laptop sale una vocecita sexy: Ey, ey, ¿estás ahí, bella?

No alcanzo a verlo, pero reconozco a Raulito (qué bello, papacito). No puedo atenderlo ahorita, debo terminar de cocinar. Desde la cocina alcanzo a escuchar la marcha del noticiero.

(¡Qué tarde es, Dios mío!)

Esta mañana fue hallado en la avenida Libertador de Caracas, el cadáver de José Antonio Suárez, de 34 años de edad, transexual apodado La Lulú. Testigos aseguraron que una persona a bordo de un vehículo Corsa gris le disparó, al hoy occiso, sin mediar palabras. El cuerpo fue trasladado a la morgue de Bello Monte por una comisión del CICPC. Se espera que en los próximos días den con el paradero del asesino.

Marcus Colombo. Televen.

Verga, ¿ese será el crimen que me dijo Rosaura? ¡Qué horror, no he repasado lo del cerebro! ¿Dónde puse el libro?

## ESCALA DE ESTIMACIÓN

No sé cómo llegué a este punto, mana. Una mujer de mi edad y educación debería saberlo, pero nada: estoy perdida o mi corazón es muy grande. A ver si me explico, eso sí pon buen cuidado porque la vaina no está fácil:

Daniel es, ¿cómo decirlo?, el angelito. Ni un piquito me ha dado. Lo veo en la oficina y me provoca lanzármele encima. No dejo de imaginarlo tendido en mi cama con su pielcita tierna que de pronto se me antoja virginal. ¿Se habrá acostado con alguien alguna vez? Quién sabe. A mí se me vende tan inocentón que a ratos se me parece al primer amor de colegio. Buenos días, dice con ese tonito de boy scout con bobalicón que, aunque nadie lo crea, me derrite.

Dieguito es el cariñoso. Me saluda a diario con un mensajito de texto: buenos días, cielo; feliz fin de semana, cielo; feliz inicio de semana, cielo. Le respondo como por no dejar y de inmediato se asoma el recuerdo de su cabezota y su “respetable” pene. Si no fuera por su acogedor apartamento y los capítulos en alta definición de *Spartacus*, que convierten su diminuto espacio en un paraíso, hace rato lo hubiese despachado. Además, el ruido de los buses de Nuevo Circo a las cinco de la mañana no contribuye en nada al halo romántico que él insiste en darle a nuestro “convenio sexual”.

Segundo es el alto, negro, bello y sexy. Con él los orgasmos llueven como los juguetes de una piñata. Al principio me costó acostumbrarme a sus mordiscos (El mordelón llegué a bautizarlo) pero desde que descubrí sus dotes extraordinarias me convertí en su groupie y hasta una odiosa dieta me la vivo haciendo para desinflarme la panza y lograr ser más atractiva y ardiente.

Melvin es el modelo. Todo en él es perfecto: boca sensual, ojos pícaros con aires europeos, hoyitos en las mejillas al sonreír, pecho firme, músculos contorneados como por un benévolo artesano, y una voz arrolladora que cautiva hasta a la más despalomada. Encima se las da de malabarista cuando me mete en sus sábanas en busca de alguna milagrosa posición que merme sus detallitos minúsculos, obligándome a mantenerme en forma si no quiero morir de un infarto o un desgarre muscular.

Crixus (mi galo latino) es el adonis que siempre había soñado. Baila como si lo hubiesen alimentado con salsa brava en vez de leche Klim y se viste como si tuviera un contrato con una tienda departamental especializada en galanes de televisión. No le he descubierto aún sus artes amatorias porque su cadencia ante “No le pegue a la negra” se le hace extensiva para lograr marearme y posponer una cita que sabemos inevitable, pero supongo que su *swing* debe extenderse a todos los planos.

Corn Flakes de Kellogg’s es el más irregular de todos. En realidad se llama Régulo, pero le fascina el seudónimo de Cor porque según una fraudulenta investigación internáutica, Cor Leonis significa Regulus. Su lado romano es tan amorfo que para formar parte del Coliseo (como emperador, *legatus* o gladiador) le hace falta, además del nombre, un miembro viril mucho más grande y rendidor del que tanto hace alarde.

Como te decía: estoy perdida. Desde la perspectiva de mi tía lo que estoy siendo es promiscua y desde la de mi papá: puta y hasta putísima (claro, si se enterara). Cualquier remoquete descalificador emplearían para conmigo, pero, en serio, ¿no tengo derecho a sentirme confundida, ah?

¡Ay!, chama, cómo envidio a la abue. Ella fue tan ecuánime, tan segura de sí misma. Seguro que ella no dudó a quién se la daría al llegar a Venezuela. Le rindió un homenaje a la castidad y se mantuvo incólume hasta el día de su muerte (o esa es la

versión que papá hizo que nos aprendiéramos de memoria).  
¿Será cierta? ¿Y si fue rolo e loca? ¿Y si mi confusión tiene raíces europeas y no caraqueñas?

Bueno, tratemos de organizar esta pea, mana, porque voy a parar en loca. A ver, ¿y si empleo una escala de estimación? Bueno, puede que resulte. Sí, vale, una de esas que uso para calificar a mis estudiantes. ¿Cómo que no? De pronto hasta me sirve. Te dejo, voy a ponerme “manos a la obra”, muuaaack.

A ver:

Nombre o seudónimo	Pros (10 puntos)	Contras o detallitos mejorables (10 puntos)	Total (20 Puntos)
Daniel	No se lo he visto, pero se lo imagino enorme. Es inocente, dulce y con metas bien definidas en la vida. Me lo imagino, a futuro, como un excelente esposo y padre. = 10 puntos	No tiene mucha iniciativa. Parece retrasado mental a ratos y al mismo tiempo un encanto. ¿Salidas? A Sabas Nieves y Los Próceres (por que una marcha en celebración del Día del trabajador no se puede contar como cita). =6 puntos	16 puntos
Dieguito	Me hace reír y tiene un acento andino bastante sexy. Es un romántico (aunque no está enamorado de mí. De hecho, en varias ocasiones me ha propuesto un <i>ménage à trois</i> incluida la dosis de <i>cunnilingus</i> que debo darle a la tipa que él traiga). Tiene unos respetables 14 centímetros y una lengua creativa. =9 puntos	No me lleva al cine ni a comer (aunque en su casa nunca paso hambre. Baja y compra paella, asopado de mariscos o rompecolchón para mantener, según un malicioso mito, erecto su “cañón”). Todo se reduce a las cuatro paredes de su apartamento, el ruido de los buses y los gritos de los choferes: Guatire, saliendo, Guatire, Guatire. = 7 puntos.	16 puntos

Melvin	De cuerpo escultural y modales que denotan mucha educación. Sus ¿13? ¿12? centímetros los compensa con sus malabares y sus curvas. = 8 puntos	No me lleva a comer, sino las sencillas y súper ricas cesticas Marco Polo (una sola para los dos, ¡qué desgracia!). Su habitación tiene una ventana panorámica cuyo propósito pareciera ser apagar mis fueros antes de la medianoche. =8 puntos	16 puntos
Segundo	Bello, inteligente y sexy. Sus 20 centímetros más una lengua milagrosa lo convierten en una especie de dios. =10 puntos	No tiene tiempo para mí. Nuestros intercambios sexuales no superan las dos veces al mes (sí, terrible, aunque debo reconocer que en esas solitas rebasa todas las expectativas). De paso me lleva a la misma arepera y me brinda el mismo número de cervezas. =6 puntos	16 puntos
Crixus	Cadencia, sabrosura, sex- appeal... No sé cuánto, pero se lo imagino gigante como el del galo que enloquece a Lucrecia. =10 puntos	No se decide a invitarme a una cita con todas sus letras. Fuma como un psicótico. =5 puntos	16 puntos (su toque exótico merece un puntico extra)
Corn Flakes de Kellogg's	Es un mangazo de tipo y huele divino. 12 centímetros a lo sumo. =7 puntos (aunque, si soy justa, habría que añadirle dos puntos por su camioneta último modelo)	No me gasta ni una cervecita. Se queda dormido de inmediato y ronca como un camión. Es más lindo cuando no habla (en su discurso ha llegado a afirmar que un virus letal contagió de cáncer a los presidentes de la izquierda latinoamericana, así como que fueron inducidos los terremotos en Haití). =7 puntos	16 (¡la camioneta es imposible de obviar!)

Ahora tengo un empate. ¿Para qué sirve una escala de estimación? ¿Para qué sirve ser maestra? ¡Qué vaina más arrecha estar confundida! Estoy, hecha la loca, en medio de una guerra, en un peligro inminente: quedarme solterona o morir abaleada. Lo peor es que no tengo salidas, citas y mucho menos sexo tan seguido como cualquiera pudiera pensar.

Con el angelito de Daniel me he visto, fuera de la oficina, en dos ocasiones. Conversamos largo y tendido sobre nuestras aficiones, deseos y sueños. Llegamos a confesarnos lo mucho que nos encantaría tener una familia, unos hijos y un retiro que incluya cruceros, deportes extremos y sesiones relajantes en spa's lujosos. Eso no significa que esos hijos, deudas y aventuras sean conmigo. Creo que llegué a adivinarle, en su mirada angelical, la añoranza de una dulce, bella e inocentona jovencita con la cual llevar a cabo ese idílico plan. Tampoco me escribe muy seguido y emplea el término "amiga" con saña.

Dieguito me encierra en su apartamento cada vez que a mí se me antoja ir, pero entre nuestras obligaciones laborales y sus compromisos académicos en la Escuela de Ingeniería, apenas hemos compartido tres o cuatro fines de semana juntos. Debo reconocer que encerrarse allí tiene sus ventajas: ando desnuda día y noche, no cocino (excepto una vez que preparamos arepas con queso 'e mano), disfruto de mi serie favorita y me río con sus ocurrencias (una vez se salió al balcón para ver el terminal en toda su magnitud y se lanzó una pedertera que sonó –creo yo– hasta el edificio de enfrente. El sonido fue algo como prrrrrrrr, y mis carcajadas fueron el doble de bulliciosas. (Puso una cara de "yo no fui" que todavía me causa gracia). Lamentablemente todos los días no son fines de semana. Aparte, no hallo en él, tal y como la letra de la canción: amor sincero.

Crixus ha bailado conmigo porque tenemos unos amigos en común que nos invitan a cuanta fiesta se inventan. En medio de las rumbas no he podido sacarle si está enamorado, comprometido o casado. Según lo poco que he podido desentrañarle tiene un hijo preadolescente producto de una relación que no prosperó. En una ocasión en la que cruzamos más palabras que “¿Otra?”. “¡Claro!”.

“¡Hasta que el cuerpo aguante!”, me llegó a decir: “Viví con la mamá de mi chamo, pero no me quedaron ganas”; supongo que su significado real era “no te vistas que no vas”. Aunque presiento que la cosa con él no prosperará, aguardo la esperanza de que sí, porque un físico como el suyo me garantizaría una descendencia digna de la realeza.

La sensación de vacío que me queda luego de estar con Segundo es indescriptible. Es decir, me deja sexualmente satisfecha, pero con un deseo por tenerlo más tiempo a mi lado que logra enloquecerme. He tratado de aplicarle el programa de 24 horas de AA, pero ha sido más fuerte que yo. Termino escribiéndole un mensaje de texto con cualquier excusa tonta y halagándolo como si no me quedara más remedio. Añoro el próximo encuentro como si tuviera días sedienta. Con ello no logro, aunque siempre termine volviendo a su brazos, más que frustración y desdicha.

Con Melvin los encuentros son escasos. Su rutina de dietas y ejercicios aunada a la asfixiante profesión de modelo no le permite lujos banales como el esparcimiento y el sexo. Encima, costearles los estudios de idiomas modernos a sus hijos le recorta el presupuesto destinado a conquistas al punto de escatimar conmigo hasta las sonrisas. Eso sí, no puedo negar que cuando compartimos un heladito me siento orgullosísima de cargar semejante mango al lado.

Corn Flakes me escribe casi a diario. Pasamos de lo virtual a lo real una o dos veces por año cuando visita la ciudad en actividades gerenciales de la compañía que dirige. Aunque las pautas de nuestro acuerdo están más que claras, hay una sensación de anhelo que empaña nuestra relación. De pronto es que su perfume costoso, su porte italiano y su imponente camioneta logran alelar sus diminutivos al punto de percibirlo como un excelente prospecto imposible de descartar.

Viéndolo bien ninguno llena mis expectativas. Si pudiera fusionarlos a todos obtendría al tan mentado príncipe azul o una nueva versión de Frankenstein, pero ese tipo de maravillas no pasan fuera de los cuentos de hadas o de la obra maestra de Mary Shelley. Con la dichosa escala de esti(g)mación no he hecho más que confundirme y avivar mis insatisfacciones. ¿Por qué no puedo tener un novio normal que se muera por mí y no por mis nalgas? A veces temo gritar, en medio del agite: “Dieguito, Dieguito, qué divino lo haces, Dieguito” estando con Segundo o viceversa.

¿Cómo he salido ilesa? Apagando el celular. Con ese perol muerto no hay ninguna clase de riesgo (al menos que –como dije– pronuncie, murmure o grite el nombre equivocado). También, empleando frases y emoticones distintos con cada uno:

Dieguito: si me dice “cielo” le respondo “cielo” y :)

Segundo: al saludarme con “negra”, “negrita” y hasta “negrita linda”. Le pongo: “Rey” y una :-D

Crixus: “Mi reina”; yo: “querido” y ;-p

Corn Flakes: “Mor”; yo: “Bello” y <3

Daniel: “Amiga” (cómo me revuelca que me llame así) y yo: “príncipe” y ;D

Melvin: “Mi amor” y yo: “amor mío, corazón de otra” y :(  
Parece una buena estrategia. Ya va, me está entrando un  
mensaje. ¿Quién será?

“Cuánto abandono, preciosura”.

¡Leíto! ¡Leíto! ¿Por qué no te había recordado antes?

FIN

## IV

Los pasillos de la clínica son beige. Un beige que les otorga serenidad. Los consultorios son pequeños, discretos, con unos marcos de madera en las puertas que a simple vista se ven carísimos. Su único detalle reprochable es que están demasiado cercanos a la recepción. Las recepcionistas de seguro alcanzan a escuchar a los pacientes soltándonos toda su cháchara obsesiva. Les deben quedar dando vueltas los “No puedo hacer nada, doctor, es inevitable... yo trato de no pensar; de concentrarme en otras cosas, pero nada, por más que quiera es inevitable: tengo que prender la laptop, entrar a los chats, fingir que soy un cagón de once años y chatear con carajitas que pueden ser mis nietas”. O a lo mejor no.

A lo mejor levantar el teléfono y fingir la voz: “Centro de Investigaciones Sexológicas, a la orden, le habla Luz, o le habla Gusmar” cuarenta mil veces al día no les permite distracciones. A lo mejor se embelesan tanto con los cuestionarios sexuales de *Cosmopolitan* que no les interesan esos culpables y confesos que atendemos a diario. Total, en revistas como *Cosmo* y *Vanidades* siempre encontrarán “Las mil una formas de enloquecer a tu hombre o Las ciento y un maneras de multiplicar los orgasmos”, ¿para qué querrían más orientaciones en materia sexual?

Sí, ya las secretarías y recepcionistas no deben estar muy pendientes de lo que nuestros pacientes nos dicen en secreto de confesión. Sí, nuestro trabajo se parece al de los curas, pero sin los reproches morales ni las penitencias. Los

dejamos hablar sin temores. Lo máximo que pueden llegar a experimentar frente a nosotros es la vergüenza natural, diminuta, gigantesca, quién sabe, que produce confesar lo mucho que les encanta meterse botellas por el culo, figonear a los niñitos de los vecinos o hacerse la paja pensando en la virgen. Los dejamos desahogar esas inmoralidades por las que el resto de humanos los condenarían y en otras épocas apedrearían hasta matar. Que desahoguen todo ese veneno que los consume día a día. “No puedo venirme, doctor, no puedo. No es que mi marido no me guste, es que simplemente no puedo lograrlo. Ni que me concentre ni que piense en mil... ya sabe: penes, puedo hacerlo. Debo tener algún problema” y de seguida un llanto impotente.

Tal vez ni vergüenza les da, solo simple sorpresa, como quien no acepta que se rascó y puso la torta en una fiesta “Me gusta, doctor, no sé cómo explicarlo, pero me vengo nada más escuchar cómo estallan los globos. Plap, plap, en lo que suenan Plop plop ¡zas! ahí mismito llego”.

Yo aún no puedo pasar consulta sola. Soy apenas R1, es decir: Residente Uno. La nueva. La gocha. O sea: la más bruta, la más perdida, la más Pepito preguntón. Pero igual entro a los consultorios junto al doctor; escucho toda clase de perversiones. Me sonrojo. El sabelotodo de Orlando dice que se me irá pasando poco a poco. Que a él también le pasaba, pero que con el tiempo y el profesionalismo uno se va adaptando a esa marea de historias sórdidas.

También las hay medio estúpidas. Unas que sinceramente uno termina preguntándose, ¿por qué toches buscan ayuda si de anteojo está la solución? Pero nada, quieren terapia. Urgen de terapia y nosotros urgimos de pacientes, de historias, mórbidas o no, que aporten los recursos para pagarnos nuestras becas. Para pagar nuestras cuentas, para

mantener impecable el beige de los pasillos y la madera fina de las puertas.

“Yo sé que él me es infiel, doctor, lo sé. No tengo pruebas, pero lo sé, estoy segura, segurísima”. “Claro que no, doctor, yo no le soy infiel, simplemente veo pornografía: ya, eso es todo. La veo para desestresarme. En la oficina tengo muchos peos y necesito un desahogo. Y para serle sincero: si no la veo no puedo excitarme. Por eso ella cree que yo le soy infiel porque me he hecho tanto la paja que cuando subo al cuarto ya no tengo ganas; ya me he venido mucho; ya estoy exhausto. Y le digo que es el trabajo, que estoy cansado, que tengo mil peos en la oficina. Pero infiel no soy. Al menos que ver pornografía y masturbarse sea una especie de *new level* de la infidelidad”.

Yo quisiera decirle a la vieja mojigata esa “No joda, agarre y se sienta a ver la pornografía con su marido. ¿Cuál es el peo? No sea tan problemática. ¿No está viendo que no se está acostando con otra? Que solo es una obsesión compulsiva. Además, ni que la pornografía fuera la gran vaina. Un viaje de tetas operadas gritando y gimiendo. Una gran falsedad. Un inmenso teatro. ¿Qué es lo más grave que puede conseguirse en aquel tropel de mentiras? ¿Una tipa dejándose coger por un burro? ¿Una orgía? ¿Sexo anal? Sea ecuánime: reconozca el potencial sanativo de la pornografía. ¿Cuántos pervertidos han podido frenar sus deseos de hacer daño a través de esas imágenes irreales? La pornografía resulta a final de cuentas un mal necesario en una sociedad tan pacata e hipócrita como la nuestra”. La oigo y me provoca insultarla por bolsa, pendeja y sobre todo: apatusquera. Pero nada, tengo que mantenerme como una momia a la pata del doctor y parecer inteligente, preparada, sabelotodo.

“Sí, es cierto, doctor, soy virgen aún, pero no quiero serlo más. Estoy cansada (llanto desconsolado) estoy harta de ser la

nerd. Me burlaron en el liceo, luego en la universidad, ya está bueno. ¡No quiero! ¡No quiero no saber! No quiero ser más la rara. Yo sé que ustedes tienen terapeutas que me pueden ayudar. Yo les pago, lo que sea, pero que por fin alguien me ayude. La castidad me tiene harta”.

Me provoca meterle una cachetada. ¿Usted sabe cuánto le pagarían en otros países por volarle ese virgo, hija? ¡No sea estúpida! ¡Eso es oro! Desde un príncipe en los Emiratos Árabes hasta un magnate petrolero le darían el cielo, las estrellas con tal de tener el privilegio de arrancarle ese himen. ¡Ya no quedan vírgenes, idiota! Son una en un millón. ¿Y a la edad suya? ¿Y con ese rostro y ese cuerpo? ¡Usted lo que se merece es un cocotazo por bolsa, bruta y pájua! Pero no, pongo cara de conmiseración y afirmo con la cabeza para que sienta mi “solidaridad con su causa”.

Yo pudiera estar pasando revista en el antituberculoso de la avenida Guayana. Podría perfectamente estar tratando pacientes con piojos, sarna, diarreas y chikungunya. Pero no, qué va, no quise hacer posgrado en las dos únicas especialidades que me ofrecieron: Epidemiología o Medicina Integral Comunitaria. Ya estaba harta de eso. Bastante comunitaria había sido mi carrera ya. Bastante popular y humanitaria. Es momento de capitalizarme. De montar un consultorio y sacarle los ojos a la gente. A gente urgida de contarme cómo le pasan la lengua por sus clítoris los gatos y perros que tienen en casa porque no consiguen otra forma de venirse.

Bastantes pobres desasistidos requieren con urgencia pedirme, suplicarme cómo salir de esa manía tan terrible de oler, ver, tocar y hasta comer mierda para poder venirse. “Sí, por favor, doctora, ayúdeme, necesito dejar de hacerlo, lo necesito, me da vergüenza, me siento muy mal”.

Hay tanto enfermo por ahí necesitando desahogar sus felonías con nosotros. Tantos polvos de gallo sufriendo porque las mujeres no hacen sino abandonarlos, humillarlos, dejarlos o montarles cachos. Eyaculadores precoces sobran en el planeta, homosexuales reprimidos cuya disyuntiva más grande en la vida es salir o no del closet, necrofílicos, frotadores, pedófilos, emotofílicos, masoquistas, fetichistas, voyeuristas, clismafílicos, eproctofílicos, triolistas, y mientras ellos exijan asistencia médica para sacarlos de ese abismo del cual no saben salir, yo tendré trabajo, bienes, viajes, conferencias médicas y hasta una columna en una prestigiosa revista. En el mejor de los casos, saldré en la televisión nacional en horario estelar como hace el doctor Bianchi (y eso que él habla como si tuviera una papa en la boca), (y eso que es más bien feúco). Si la suerte me acompaña no solo tendré consultorio, rondas en hospitales psiquiátricos de mucho renombre, artículos de divulgación científica (en español y en inglés, por supuesto), congresos, simposios, viajes, lujos, sino pres-ti-gio. Sí, yo estoy a la caza del prestigio que ningún otro sexólogo del país ha alcanzado. Tengo que mezclar la simpatía de la exgorda de Cosmopolitan TV, la popularidad del doctor Sharí y las vinculaciones con el gobierno del doctor Bianchi. Mis redes de contactos deben superar los campos de acción de los tres juntos: TV, farándula y poder.

—¿Aló?

—Hola, soy yo.

—¿Qué fue, Mariita? ¿Cómo 'ta la vaina?

—Ahí más o menos, esa toche beca no me alcanza pa' nada.

—Es que ninguna plata alcanza, mija. A este país se lo llevó quien lo trajo.

—De pana. Mire, la llamaba pa' ver cómo sigue. ¿Se tomó el Colypan?

—No, mija, esa vaina no se consigue. Está agotado desde hace siglos. Mi mamá me llamó y me dijo que jartara crema de auyama, fresco de auyama, papilla de auyama y hasta gelatina de auyama y santo remedio.

—Pues sí, la auyama desinflama, pero igual no deje de buscar el Colypan pa' que le termine de bajar esa lipa que ya parece una bola, mire que quizá este fin de semana Pedro haga una parrillita y tiene que estar bien pa' que le eche muela.

—¿En serio? Yo pensé que usted lo había echado pa'l coño hace rato.

—Ganas no me faltan, pero mientras me siga pagando las tarjetas de crédito...

—¡Humm! Ja, ja, ja, claro... epa, por cierto, ¿leyó el cuento que le envié por correo?

—¡Ay!, sí, me cagué de la risa con lo de Corn Flakes. ¡Qué rata! No le hubiera contado mejor, ja, ja, ja, donde ese toche lea eso me mata.

—Que va a estar leyendo ese toche nada. Ese debe andar buscando horita quién le inoculó el cáncer al presidente, ja, ja, ja.

—Ja, ja, ja, de pana, que estúpido. Bello sí es, pero mientras no abra la jeta. Apenas la abre, la caga.

—De pana. Bello es poco: be lí si mo. Está más bueno que comer con los dedos. Y ese camionetonón que se gasta. Parece una estrella de cine. A mí me fascinaba ese toche, lástima que nunca me paró bolas. Puro María del Carmen pa' llá, María del Carmen pa' cá, hágame la vuelta con ella, ¡ay! no, qué cansón.

—Y usted se la desquitó pintándolo como un huevo chiquito... ja, ja, ja.

—Es la verdad, ¿no?

—Ja, ja, ja, pues sí, pero me da risa la vaina. De pana que se ponía cansón. Yo pensé ese día que en vez de estarme cogiendo me estaba borrando... ja, ja, ja.

—De pana. Yo puse la puritica verdad.

—No sea pajúa que al del negro se lo pintó como al de un burro.

—¡Pero sí es la verdad!

—No joda, Rosaura, usted es la que se lo ve inmenso. Usted lo sobredimensiona en su cabeza.

—¿Lo sobredimensiono? No joda, Mariíta, usted prueba ese huevo y queda enamorada por siempre para siempre.

—Ja, ja, ja, qué toches, a mí no me gustan los huevos grandes, siento que me desbaratan por dentro. Eso usted que está obsesionada con ese toche negro.

—¿Pa' qué lo voy a negar? Ese tipo me encanta.

—¡Supérello, no joda!, mire que ese toche ya tiene mujer. Tiene que pasar la página, hija, porque si no, no va a volver a disfrutar de su función sexual.

—¡Ay!, no, ¿ya se va a poner cerebrito? “¿Disfrutar de su función sexual?”, esos términos médicos suyos le quitan el encanto a tirar.

—Tengo que acostumbrarme, Rosaura, porque de aquí en adelante es “disfrutar de la función sexual” y punto. O usted quiere que Bianchi me raspe y me quite la beca.

—Pa’ lo que sirven esos piches diez mil bolos.

—Piches, pero no tengo más. Menos mal que Pedro me hace los pagos mínimos de las tarjetas. En estos días me compré unos vestidos arrechísimos en el Sambil. Cuando Pedro se entere me va a matar ji, ji.

—¿En serio? ¿Baratos?

—¡Ufff!, baratísimos. Tenemos que ir, Rosaura, son bellos. Yo me quedé con ganas de cinco más.

—Pero con esa bequita y mi sueldito no vamos a pasar de ser unas comevitricas. A mí me parece que la explotan, Maríita, de pana. De paso la ponen a corregir los libros y los artículos. ¿Sabe cómo se le llama a eso? Vampirismo intelectual.

—¿De dónde saca eso, Rosaura? ¡Usted sí inventa!

—De pana que ese síndrome existe. Lo leí en la novela *Un vampiro en Maracaibo*.

—¿De una novela? ¿Y tú vas a estar creyendo en lo que dice una novela? Más bien, ¿cuándo me ayudas a corregir las páginas que me asignaron?

—Yo no sé un toche de medicina, Maríita, ¿cómo coños la ayudo si no sé nada de eso?

—No, boba, tranquila, tú corriges lo que sabes, la ortografía, la redacción, las citas. Ayúdeme, no sea rata.

—Bueno, mándelo a mi correo. Y deje de estar tuteándome que le va a venir pasando como a la chácara que regresó a Pregonero tirándosela de caraqueña reencauchada y salió con las tablas en la cabeza.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Por andar de cómica. No tenía tres días en el pueblo cuando se le acercan y le dicen: “Epa, ¿verdad que está hablando de tú?”. Y la pobre toche contestó y que “¿De mí?, de mi nadie habla”. Ja, ja, ja.

—Ja, ja, ja, Rosaura, qué rata.

—Ja, ja, ja, es la verdad. Cada vez que me tutea me da dolor de barriga. ¡Sea auténtica, no joda! Se le va a venir enredando la lengua y va a terminar diciendo como una amiga mía de Tonchalá que vino y se empató con mi primo (uno de los hijos de mi tía Blanca Rosa, la que siempre ha vivido acá en Caracas), y empezó dizque “¿Se bañastes? ¿Se subistes? O el colmo de los colmos: ¡Súbate! ¡Bájase!”.

—Ja, ja, ja, qué rata, usted que viene a hablar si ahora no es sino pana, nojoda, hasta vale le he escuchado. “Ta igual que la ecuatoriana.

—Pero al menos yo llevo más tiempo que usted en Caracas. A uno se le pega parte del dialecto.

—¡Ay!, sí, quieta, dentro de poco la vamos a oír con “no tengo rial o dos lucas ahí”.

—Ja, ja, ja, tampoco, tampoco.

—Claro que sí. Écheme una ayudaíta con lo del viejo, ¿sí?

—Ok, listo, tranquila, yo le meto una manita cuando tenga tiempo.

—Quedamos así. Échele una revisadita al texto del viejo a ver si subo la nota. Y de pana que usted tiene que superar a ese negro.

—No es fácil, Mariíta, no es fácil.

—Mire, Rosaura, en serio: eso es pura ilusión. En realidad usted puede ser feliz hasta con ocho centímetros.

—¿Ocho? ¿“Ta loca?

—¡En serio! La vagina se acomoda ergonómicamente al tamaño del pene.

—¿Ergonómicamente? Será anatómicamente.

—Eso, usted me entendió. Ella es flexible, puede adaptarse a uno grande y a uno pequeño por igual.

—Déjese de vainas. A mí no me va a venir a cortar con ese cuchillo de cartón: huevo grande es huevo grande y huevo chiquito es huevo chiquito y con los que uno realmente goza es con los grandes.

—Depende, hay mujeres que no soportan un huevo grande, sienten que las lastiman.

—¿Y entonces, dónde queda la adaptación ergonómica? Ja, ja, ja,... ya ‘ta usted cantinfleando, María del Carmen, pobres pacientes ja, ja, ja.

—Qué rata. Mientras usted tenga esa obsesión no habrá nada qué hacer: seguirá pensando que solo puede obtener placer de penes grandes.

(Voy a ponerme sería porque si no, ésta me va a joder)

—Qué viene a hablar usted si pa’ venirse tiene que estar entonada. Sin cuatro cervezas encima no coge mínimo.

—Qué rata, Rosaura, usted sí es.

—¿No es la verdad? Como que usted va a ser su primera paciente.

## VI

Después del almuerzo es muy arrecho no quedarse dormida encima de la compu. Los ordenadores de la clínica son viejos, atrasados, con un sistema operativo que dan ganas de llorar. Imagino que el presupuesto no alcanza para ese tipo de actualizaciones. En plena hora del burro, las letras me empiezan a brincar. Las veo que bailan y se me mezclan con el pecho sexy de Raulito (bello, papacito).

—Ve, gochita, ¿estudiaste pa' Laboratorio? —pregunta el sabelotodo del Orlando.

—¿Laboratorio? ¿Hay examen? —respondo aún medio dormitada.

—¡Ay!, María del Carmen, vos no cambiás —contesta con una sonrisita de triunfo que me manda el sueño pa'l coño.

—¿Hay examen, Mary?

—No, María del Carmen: interrogatorio —responde la ecuatoriana como el amordemadre que es.

—¿Interrogatorio? ¡No puede ser!

—A ver si aterrizás —dice el resapo Ché ese, cómo lo odio.

—Usted sí es metío, ¿quién le 'ta preguntando?

—Seguro que las sesiones de chat erótico no te dejaron chance de repasar apuntes.

(Hace una pausa como quien va a tomar aire, pero al mismo tiempo como quien recuerda algo que había olvidado)

—...Ah, verdad que vos no tomás apuntes.

—Ja, ja, ja, muy gracioso.

(Lo quiero matar. Si yo fuera maracucha le diría *trimardito*)

—No tuve chance, con tantos peos en la cabeza. Todo tan reeecaro.

—Puras excusas, María del Carmen, todos tenemos peos e igual estudiamos.

—No compare, Orlando, no compare. A ustedes esos pesos y dólares que les mandan sus papás se les multiplican en el mercado negro, en cambio a mí esa beca en bolívares se me vuelve sal y agua.

—A nosotros tampoco nos alcanza, María del Carmen, también pagamos renta y comida —replica la ecuatoriana con su típico gesto apaciguador.

—¿No les alcanza? ¿No les alcanza? Yo te aviso, chirulí. Lo que hacen es fiesta con tanta plata. No viven sino de restaurante en restaurante y de tienda en tienda.

—¿Vos que venís a hablar? Si te la vivís de trapo nuevo en trapo nuevo. Vos eres la típica hedonista. Además, con un “benefactor” como Pedro hasta yo me la viviría estrenando.

—Qué metío es usted, Aldo. Tiene la lengua más larga que el río Torbes. Usted lo que está es envidioso porque aunque le sobre la plata no consigue novio.

—¡Ja! ¿No consigo? Ya quisieras vos que no consiguiera.

—Bueno, ya dejen de pelear que intento reparar. Acá hay gente que SÍ estudia.

*Ay sí, quieta, sabelotodo*, me provoca gritarle, pero como que mejor le jalo bolas:

—¡Ay!, Marycita, explíqueme qué entendió. Yo no entiendo un toche y voy a salir raspada. Ayúdeme, ¿sí?, ¿sí?

El resapo del Aldo va a Planta Baja a ver si ya viene la vieja de Laboratorio. Regresa como paliducho, parece que acabara de ver un espanto. Si no fuera médico, tendría la pinta de peluquero partío, de esos que maquillan a los artistas y hablan como si acabaran de recibir un premio internacional.

Su arrobo es tan evidente que no tenemos más remedio que interrogarlo:

—¿Qué fue, Aldo? ¿Por qué trae esa cara?

—Allá en la recepción están dos oficiales de la policía y están preguntando por el doctor Bianchi.

## VII

El museo de Bellas Artes está enclavado en el corazón de la ciudad. Pegadito, pegadito le queda el teatro Teresa Carreño, pero también el Boulevard de los Artesanos, el Hotel Alba y el parque Los Caobos. Es como estar en medio de un híbrido. Por un lado, puedes ver rastas hediondos que ya no deben recordar qué es una buena ducha caliente. Pero también, estudiantes de UNEARTES con perforaciones en la nariz y en las orejas donde perfectamente uno podría poner a secar la ropa, o con tatuajes y peinados tan llamativos que podríamos divisarlos desde cuerdas de distancia.

El colmo de la hibridez se da los días en que se celebran las ferias internacionales de libros, los festivales de danza, los mítines políticos y hasta las rutas nocturnas. En cualquiera de esos escenarios podrás conseguirte policías, drogados, mendigos, artistas, malandros, poetas y locos; todos tienen cabida; todos tienen protagonismo. Se confunden, se complementan, se atraen y expelen con la misma intensidad.

Por eso ir a Bellas Artes es igual de emocionante cada vez. Se te pueden aparecer la belleza y la muerte al mismo tiempo. No hace mucho a un amigo de Rosaura lo apuñalaron cinco veces en las inmediaciones que conectan el Teresa con el Alba. En pleno día. A pleno sol. El chamo vivía cerca. Entraba y salía por ese pasaje todos los días. Veía y saludaba a los marihuaneros como sus vecinos samaritanos. Los veía y saludaba a diario sin miedo. El miedo es solo a lo desconocido y esas piltrafas ya no le eran ajenos. Pero igual lo esperaron,

lo interceptaron en su ruta al Metro. Igual le clavaron las cinco puñaladas a pesar de no resistirse al atraco. Aun cuando él les dijo “Tomen, tomen, pero no me hagan nada”. Aun cuando les entregó el koala junto a la vida.

De todos modos nosotras vamos temprano, “por si las moscas”. Rosaura ya está histérica. La película empezó. Tiene rato esperándome. Ahorita le compro una barquilla y se le pasa. Aunque tiene una cara que da miedo (como que ya se la he visto antes).

—Coño. Llegué, llegué, no se arreche.

—No joda, Mariíta, qué ladilla con usted que no puede llegar temprano nunca. Me da una arrechera.

—Ya, cálmese, entremos, entremos que ya van a cerrar y si cierran no dejan pasar a nadie y perdemos la plata.

—¡Que se pierda! ¡Ya no me importa! Lo que estoy es arrecha. Me tiene esperando mil horas en esta mierda que usted sabe que le tengo más miedo.

—Entremos, entremos y ya no pelee.

El aire de la sala no funciona bien. Lo único que hace es expandir ese olor a meados viejos de los asientos. Nos ubicamos al final. En todo el centro. Como somos medio cegatas es mejor allí para poder ver y escuchar bien la peli. Hay tantos puestos libres que nos pudimos ubicar en cualquier parte. En la esquina inferior un par de borrachitos comentan la película como si estuvieran jugando dominó. “Shhhh”, espeta un espectador molesto.

“Shhhh”, decimos nosotras también a ver si por fin “¡Se callan la jeta y dejan oír!”.

Traje unas papitas en la cartera, pero prefiero no sacarlas porque el olor rancio me produce náuseas. Mejor cuando salgamos. La pichirre de la Rosaura apenas trajo un pepito. Mejor ni lo pruebo porque después me muero de sed.

—¿Cómo se llamaba ese hueso?

—El condado de noséqué... A mí me gustó, ¿a usted no?

—Sí, pero tampoco fue la gran vaina. En esta mierda no dan nada bueno.

—Tampoco, no exagere que de vez en cuando dan una que otra peliculita fina. Ésta estuvo buena, no lo niegue.

—La parte en que la hija le cae a coñazos a la mamá es demasiado buena. ¡Qué arrecho!

—Yo creo que a ambas las nominaron al Oscar por esa interpretación...

(Qué ladilla ya se va a poner a hablar de los premios, qué fastidio)

—...Meryl Streep tiene más nominaciones que pelos en la cabeza.

—Epa, por cierto, Rosaurita (es mejor cambiar de tema pa' que no se encadene) la policía estuvo buscando al doctor Bianchi ayer.

—¿La policía? ¿En serio? ¿Y eso?

—Yo no sé, pero todos nos quedamos locos.

—¿Será por lo del trans que apareció muerto en la Libertador?

—¡Ay!, usted sí inventa. ¿Qué tiene que ver el rabo con los cachos?

—Bueno, hija, aunque a usted le sorprenda, en San Cristóbal hace chorrocientos años mataron a un trans y resultó que uno de sus asesinos era un reconocido psiquiatra. ¿Bianchi no es psiquiatra, pues?

—Pues sí, pero todos los psiquiatras no terminan siendo asesinos.

—¿No todos son Edmundo Chirinos?

—Claro, todos no son malos ni violadores ni asesinos. Yo no sé de dónde usted saca tantas vainas locas.

—Una escritora tiene que tener mucha imaginación.

—Pero la suya se pasa, hija, de pana. Qué va a estar Bianchi matando a nadie.

—Se han visto casos, Mariíta, se han visto casos. Este psiquiatra de Sancris no solo era respetado en la sociedad médica, sino que además era el cronista oficial de la ciudad. Una eminencia, pues.

—Cuénteme más, a ver, a ver, ¿por qué lo involucraron? ¿Por qué mató al trans? Y camine rápido que esta zona me da mucho cague.

—Bueno, yo no estoy muy segura, pero la versión que siempre le he escuchado a mi papá fue que el chamo, el Catire Henry (así le decían) vivía en Táriba y se quería cambiar de sexo, pero en esa época (en los ochenta) eso era muy caro (bueno, siempre ha sido caro).

—No joda, hable, deje de dar tanto detalle, me está sacando la piedra con tanta aclaradadera.

—Verga, ¿quién es la amargada ahora? Perdón, perdón.

—Hable.

—Eso era muy caro y el chamo no tenía plata. Además, supuestamente en esos tiempos un psiquiatra debía autorizar la operación, así que este chamo se involucró con el psiquiatra para que lo autorizara. Entonces el chamo apareció picado en pedacitos en un parque de Táriba y las investigaciones revelaron que esos cortes solo los podía haber hecho un médico, un especialista. Así que poco a poco se vieron involucrados este psiquiatra que le digo (que también era cronista de la ciudad) y otro doctor (dueño de una clínica famosa de allí).

—¿Y los metieron presos?

—Noooo, hija, qué cuentos. Con ese viaje de contactos que tenía esa gente, el crimen del Catire Henry quedó como

un acto homofóbico que pudo haber hecho cualquier toche de por ahí. Es más, creo que por esos días era la Feria de Táriba y se manejó que pudo haber sido un turista. Aunque bueno, eso es lo que medio recuerdo. Voy a llamar a mi papá y le pregunto a ver qué recuerda él, porque yo la verdad estaba muy chiquita.

—Bueno, pero yo escuché en el noticiero que al trans de la Libertador lo mataron a balazos, ¿no?

—Sí, claro. Le dispararon desde un carro. Pero bueno, capaz y Bianchi tiene armas y usted no se ha dado cuenta.

—Usted si está más loca. Ahora no solo la enloquecen los huevos grandes, sino los asesinatos de gays. Además, entérese: Bianchi no es homofóbico, por el contrario, es defensor a capa y espada de la comunidad diverso sexual.

—¿Y a usted quién le dijo que el psiquiatra-cronista que mató al Catire era homofóbico? Si no me equivoco, después de la muerte de este chamo más nunca pudo quitarse la fama de marico que le dio ese crimen. De cacorro no lo bajaron las malas lenguas (y en junta la mía).

—Entonces además de su psiquiatra, ¿era su amante? ¿Y por qué lo iba a matar? ¿Celos?

—Quién sabe. ¡Uy!, chama, tiene razón apurémonos que esta zona espanta. La pregunta aquí no es por qué toches el psiquiatra-cronista de Táriba mató al Catire Henry, sino: ¿Por qué mataría Bianchi a La Lulú?

## VIII

—Hola, tonta, ¿cómo ‘ta la vaina?

—Fina, mamita, gracias a Dios. ¿Apareció Bianchi?

La residencia donde está Rosaura parece un campamento. Viven como cinco mujeres. Lavar, cocinar, limpiar y hasta tirar es un permanente caos. No sé cómo puede vivir así. De verdad que es terrible. Con unos alquileres tan altos no le queda otro remedio. Tenemos la suerte de que al menos hoy está sola y podemos hablar tranquilas.

—Noooo, chama, está desaparecido desde el día que vinieron a buscarlo. Ahora sí estoy paranoica con eso de que puede ser un asesino. Usted puede ser una mala influencia pa’ cualquiera, de pana.

—Ah, ¿yo? No, sí, cuando salga preñada también fui yo. Ponga cuidado más bien que ya le tengo la versión oficial de mi hermano mayor sobre la muerte del Catire Henry. Mire lo que me puso por mensaje de texto:

“Claro, ese fue un crimen cometido x médicos y varios personajes en el Táchira q eran gays reservados y él quería chantajear”.

—Sí, no ponga esa cara, espere que aquí le tengo otra más arrecha. Le pregunté a una profesora amiga mía que es de Palmira (pegadito a Táriba) y mire lo que mandó:

“Era un chico muy lindo. Buen físico. Agradable persona. Vivía en la entrada de Táriba con la abuela. Eran de bajos recursos. Los cacorros de Táriba (el director de una vieja clínica de allá), junto a otros cacorros poderosos le dieron de regalo

un carro de perros calientes. Él vendía los perros; también otra cosa que le decían perro con todo (o sea droga) y de paso tenía encuentros íntimos con los cacorros de la Clínica de Táriba. Un día estos cacorros se excedieron en droga y lo golpearon hasta matarlo. Después, no sabían qué hacer y le arrancaron los dientes, le quitaron las huellas (quemaron las plantas de pies y manos). Fue un crimen horrendo. Creo que a muertos como él, un buen chico, hay que dejarlo descansar en paz. El Catire Henry fue una víctima de la miseria de los poderosos”.

—Esa colega suya sí es dramática, pa’ la verga.

—No se burle, Mariíta, qué rata. Coja palco que ahorita es que falta. Mire, acá tengo la de un pana (está carajito, pero supongo que lo habrá oído de sus papás).

“El fulano Catire, homosexual, clase baja, medio malandroso, fue asesinado, descuartizado y tales... lo encontraron por Táriba. Los cortes (esto son detalles q averigüé preguntando) eran cortes de cirujano. La última vez q se le vio con vida estaba en el Ulises bar (un bar de ambiente de la época) acompañado de unas lumbreras; entre esos, al parecer, un político, un médico, el cronista de la ciudad, un sacerdote importante, etc., todos vestidos de mujer. El Catire les tomó una fotografía y empezó a chantajearlos. El tipo se gana unos cuantos cobres para mantenerse a él y a la hermana siendo fotógrafo de fiestas, bodas y quince años... y también prostituyéndose, pero no pensó en que no podía meterse con ciertas personas. De todos modos, el caso, como todos los casos raros de la ciudad, no tuvo un final concreto... al parecer metieron a alguien preso y no se volvió a hablar del asunto”.

—Esta versión ‘ta como más enredada, ¿no le parece?

—Lo que está es buena. Pero no se emocione de a mucho que ya conseguí la de mi papá y usted sabe que mi papá y Radio Pecueca son lo mismo.

—Epa, ya que lo nombra, ¿y él cómo está?

—Ahí, más o menos, después de la última trombosis no es el mismo y ahora con esta escasez de medicamentos es más el tiempo que se la vive mal. Encima, no come balanceado, es más charúa, mamá no lo soporta, dice que traga más que una lima nueva y la pensión no le rinde, todo se le va en comida.

—Si no se cuida, el azúcar se lo traga, eso no es un juego, Rosaura.

—Pero, ¿cómo hago, Mariíta? Yo mando lo que puedo, la plata no alcanza y usted lo sabe. Estoy segura de que cuando les deposito apenas les sirve pa' un kilo e carne, pero ¿cómo hago? Más bien ponga cuidado que acá está la versión oficial de Radio Bemba:

El catire Henry se quería cambiar de sexo, pero en la época era cariiiiisimo, y de paso había que conseguir una autorización de un psiquiatra. Así que el pobre optó por pagarle a un médico la operación en una clínica clandestina. La vaina salió mal y los médicos tuvieron que hacerlo ver como un asesinato común y silvestre de algún homofóbico de por ahí. Pero la PTJ de entonces no se creyó mucho el cuento porque los cortes eran demasiado perfectos para un novato. Además, las declaraciones de los testigos más la lengua de trapo de la gente permitió que salieran a la luz pública detalles “incontables” de reconocidos personajes de la región.

—Esta ‘ta buena, pero Bianchi ni es marico ni tiene pacientes que necesiten autorización para operarse ni mucho menos. Yo no veo la vinculación entre un caso y otro.

—Bueno, usted qué va a saber. Capaz y el doctor tiene una vida secreta. A este médico famoso tampoco le conocían ese lado *sensible*. —Y se ríe con ironía.

(Rosaura cuando quiere ser cruel no hay quien le gane)

—¿Cómo se llamaba la novela del PTJ que después le sacaron una película y que usted nombra tanto?

—¿Cangrejo?

—Sí, esa, pero, ¿cómo se llamaba el libro?

—*Cuatro crímenes, cuatro poderes*

—Hummmmm...¿Y quién lo escribió?

—Fermín Mármol León, ¿por qué?

—Pues, mujer, déjeme decirle algo: a ese León le faltó un quinto poder.

—Mármol León.

(Me corrige, que cansona con su corregidera)

—Como sea, usted me entiende.

(Le contesto con ganas de decirle *Pa'sabelotodos me basta y me sobra con mis compañeros de posgrado*)

—¿Cuál poder le faltó?

—El más arrecho de todos: el de la lengua.

## PUERILIDAD

La primera vez que me pegaron piojos yo tendría aproximadamente cinco años. Estudiaba en un kinder privado cuyas cuotas se ajustaban al limitado presupuesto familiar. Yo tenía para ese entonces una cabellera rizada que hacía casi imposible el uso del peine especial para esos casos, sin embargo, mamá no encontró inconveniente alguno en forzar aquel implemento en mi maraña de pelos, logrando con ello arrancarme unos chillidos que de seguro hubiesen conmovido hasta al alma más dura. Sacar a los patudos fue mucho más sencillo que a las liendres. Esos globitos color castaño se aferraban de una manera que a mamá le costaba un mundo conseguirlos, arrastrarlos hasta el final de cada hebra y afinar el movimiento de las manos para no dejar que volaran hasta su cabello o regresaran de donde acababan de salir. ¡Track! Sonaban al destriparlas. Mamá exclamaba inmediatamente después de aquel sonidito perturbador: ¡Eeeeeeeeh, estaba vivita! ¿Qué tal si estallara ese liendrero? Y yo me quedaba pensando en que si estallaban ya no harían más daño, cuando en realidad “estallar” significaba su metamorfosis a piojitos recién salidos del cascarón dispuestos a, cual vampiros sedientos, chuparse toda la sangre que se les atravesara. Las muertas eran mucho más fastidiosas, pues por muy extraño que suene se pegaban a la hebra como seguro una persona debe sujetarse a un árbol o a un poste en pleno huracán. Como no era nada fácil el proceso de hallar liendres (ni vivas ni muertas), mamá trataba de ir lo más rápido posible. ¡Coño, quédese quieta! ¡Baje la cabeza! ¡Suba la cabeza! ¡Coño, quédese quieta! Me decía en un tono de juez sin sueldo hasta asustarme. Al ver tantos huevos dispersos le daba un ataque de histeria que hasta mis hermanos (pelones todos, por si acaso)

se alejaban para no correr riesgos. Era más lo que se tardaba mi mamá en limpiarme que en verme otra vez cundida hasta las orejas.

Llegadas las vacaciones sintió un alivio de una o dos semanas como máximo, pues mis saliditas a jugar *la pío*, *escondite* o *pisé* con los amiguitos de la cuadra trajeron implícitas unos desagradables visitantes encargados de recordarle su infortunio. La espulgadera se convirtió en parte de sus rutinas domésticas: barrer, coletear, fregar los trastes, lavar los baños y sacar piojos. Como era de suponerse, aquel itinerario la dejaba tan exhausta que se propuso implantar métodos mucho más eficaces. Comenzó con el champú Avispa. Me lo dejaba media hora en la cabeza y me pasaba el peine con una emoción como si ver caer a los patones vueltos locos por el veneno le diera una secreta satisfacción. Cuando los bandidos se adaptaron al líquido tóxico y se resistieron a abandonar mi cuero cabelludo, a mamá se le ocurrió combinar vinagre con aceite (para asfixiarlos primero y luego lograr que las liendres se resbalaran con mayor facilidad en el peine).

Cuando me preguntaron en la escuela por qué me olía la cabeza a ensalada no se me ocurrió más nada: es el nuevo champú Manzana Verde. No resultó convincente. Me tuve que calar el “piojosa, piojosa” por mucho tiempo. Finalmente, mamá se hartó de los métodos convencionales y optó por uno más agresivo: me puso Baygón. Yo creí que iba a morir cuando ese matacucarachas entró en mi sistema respiratorio. Al verme colorada, se le avivó su instinto maternal y me sacó eso de la cabeza con abundante champú oloroso a fresa. Me gané una semana de mimos gratis. A las pocas semanas pude ver a la vecina aplicándoles el mismo procedimiento a sus pequeños hijos. Los pobres muchachitos corrían de un lado a otro mientras escuchaban a la madre: ¡Aguántensen el palo de

agua, nojodaaaaaa! ¡Ya me tienen harta con esa piojamentazón!  
¡Si no se dejan, les voy a raspar la cabeza como a los hijos de la señora Nubia!

Diez años más tarde, me echaron una cundida que daba miedo. Siendo una quinceañera no era fácil regresar a la época de espulgar o usar Avispa. Debía emplear un método mucho más radical, en especial porque la raya ante mi novio y compañeros de liceo no iba a ser nada normal. Me decidí por el queroseno. Después de vaciarme un tubo entero, me senté a esperar a que los animaluchos se murieran. Gracias a Dios que no se me dio por acercarme a la candela. Los piojos se alborotaron, pero la limpieza total de esa horrible molestia, testigo fiel del más incómodo recuerdo pueril, contó para mi desgracia con largas sesiones de espulgue, halones de mecha de mi mamá, gotitas de vinagre en el champú regular y hasta colonia Menen mezclada con creolina.

Cuando empecé a rascarme la cabeza por verdaderos y trascendentales problemas, supe que había ganado aquella guerra.

FIN

## X

Rosaura trae cara de asustada. Parece que la estuvieran persiguiendo. Seguro que la impresionaron los cuadros que están antes de entrar al consultorio. La foto gigante de una vagina con cada una de sus partes debe impactar hasta al más pintado. De inmediato, como para hacer más bizarra la vaina, aparece otro en el que se ve el primer pene construido en Venezuela. Era una técnica muy arcaica, pero tuvo mucho revuelo por ser la primera vez que se hacía en el país. La trans de aquel experimento tuvo que sufrir cinco dolorosísimas operaciones para lograr una imitación medianamente aceptable del falo. Se nota a leguas que es una re-creación. En comparación con las intervenciones de hoy día, esas fotos parecen fantasmales. Bien pudiera ser el huevo perdido de Frankenstein.

—¿Quién la recibió?

—¿En la entrada?

—No, en la salida, tonta.

—Un vigilante medio viejón.

—Ah, hoy está Macario, ¿y qué le dijo?

—Nada, yo le dije que venía buscando a la doctora María del Carmen Hernández y me dejó pasar sin problema.

—¿Y en la recepción?

—No había nadie. Como usted me dijo suba, yo subí. Me dio como miedito ese pasillo.

—Qué raro, la hora del almuerzo ya pasó y la recepción no debe quedar sola a ninguna hora. Usted debería trabajar acá. El doctor paga un sueldo mínimo por cada turno. Un

sueldo mínimo hasta la una, ¿se imagina? Es mucho más de lo que le pagan por todo un día en esa tocheda donde usted trabaja.

—Qué toches, Mariíta, igual un sueldo mínimo no alcanza pa' nada. Yo mejor me quedo quieta.

—Pero podría tener dos trabajos, Rosaura, dos. Dos sueldos, más beneficios.

—No, hija, salir de acá a la una significaría conseguir otro trabajo de dos a ocho de la noche, ¿se imagina yo llegando a las nueve al Guarataro? Mínimo me violan.

—Pues, sí, mujer, tiene razón.

—En todo caso, el seguro no es tan malo y no me calo pelaos cansones.

—Bueno, eso sí, en esta época el trabajo en las escuelas y liceos debe ser una pesadilla.

—De pana, prefiero mi oficina con hilo musical. De vez en cuando me da tiempo pa' escribir y eso ya es bastante, ¿o no?

—Pues sí, aunque yo no creo que escribir le sirva pa' algo. De aquí a que usted se vuelva Paulo Coelho yo estoy podrida en plata.

—¿Coelho? ¿Coelho? ¿Usted no se sabe otro nombre, mijita?

—Por lo menos él es famoso y tiene plata. Me imagino que vive bien.

—Pues sí, no lo dudo, pero yo no quiero ser Coelho. No quiero que a mis escritos los tilden de pseudoliteratura.

—¡Qué toches! A usted lo que le debe importar es que lo que escriba se venda y haga plata. O es que cuando va al supermercado la cajera le dice: disculpe, señora gran escritora, son veinte mil, ¿ah?

—'Ta igual que mi papá, qué ladilla. Más bien cambiemos de tema, esta soledad asusta, Mariíta, de pana.

—¡Ay!, por favor, pase más bien pa'l baño. Al final, a mano derecha. Quítese los pantalones, las pantaletas y póngase esta batica con la abertura hacia atrás.

Tiene un pavor como si se hubiese conseguido a un violador en el pasillo. Debe estar pensando en la cantidad de pederastas y fetichistas que se han paseado por estas mismas lides. Hasta cantantes, artistas y políticos archifamosos debe imaginarse que caminaron por acá, se admiraron con los cuadros y se asustaron con el “Póngase la bata con la abertura hacia atrás”.

Sale al fin más asustada que cuando llegó.

—Listo. ¿Y los demás?

—Tán de rota por el hospital.

—¿Y usted por qué no fue?

—Todavía no me toca. Yo voy cuando me dicen y nadie me dijo nada. Recuerde que los “talentos continentales” van un trimestre más adelantados que yo.

—Son R2, ¿verdad?

—Mija, ya ‘ta aprendiendo.

—¿Y entonces por qué la llevaron a ver al trans que cagaba por la chocha?

—Porque es un caso de uno en un millón y Bianchi consideró que yo debería ir. De milagro no llevó a los profesores que están haciendo la Maestría en Orientación. Eso fue lo que le faltó. Ese día parecíamos unos carajitos en un circo. Yo no sé como a ese pobre hombre no le dio un yeyo al ver tanta bata junta jurungándole esa vaina.

Rosaura se sube a la silla ginecológica y hace como si la fuera a auscultar. Pone una cara como si la muerte viniera por ella.

—No, no tiene que levantarse la bata. Tápese, métase el sensor, con la bolita pa' dentro y aprieta cuando yo le diga.

—¿Está segura que esta vaina no la ha usado otra persona?

—¡Cómo se le ocurre! ¿No vio que la saqué de su cajita nueva?

—Sí, pero y si la lavaron y ya.

—No, tranquila, de verdad que nadie la ha usado ni la usará. Yo le pongo una etiqueta con su nombre y de ahora en adelante usamos esta cada vez que venga. Porque estas sesiones son mínimo como diez si quiere ver resultados.

—¿Diez? Y yo con qué tiempo, Mariiita, ni que no tuviera nada qué hacer.

—Métasela y ya deje la vergüenza, cualquiera dice que no se la he visto antes.

La primera y única vez que le vi la chocha a Rosaura, ella me llamó desesperada para que le consiguiera una consulta con ginecología. Yo estaba de rota obligatoria por el Hospital Militar y mi jefe era el coronel Maidó (el mejor que tuve durante todo mi año de rural). Como le tenía confianza al viejo me atreví a pedirle el favor de que viera a Rosaura, que “Es una amiga muy querida y de verdad, doctor, está muy mal”.

Creí que la auscultaría él, pero no, apenas alcanzó a escucharle los síntomas y la mandó a poner la bata con la abertura hacia atrás. Yo tomé notas fundamentales porque la rota incluía ver, aprender, preguntar y sobre todo poner cuidado en cómo los doctores, los especialistas, los expertos hacían el trabajo. Pero nada, el viejo la mandó a ponerse la bata a ella y a mí a tomarle la citología.

Cuando vi ese fluido cortado casi me vomito. No pude disimular mi asco.

—¡Uy!, tiene muchísimo flujo, Rosaura, ¡guácala!

—Qué vergüenza, Mariiita (llanto desconsolado), yo no pensé que estuviera tan mal.

— ¡Lleve, hija, lleve!, ¿quién la manda a estar comiéndose el huevo picho de mi primo? (Con el tono más regañón que me salió).

— ¡Ay!, ya, Mariíta, no me pelee, ¿cómo iba a saber?

— Una nunca sabe. Lo único que toca es cuidarse.

— ¡Yo me cuidé!

— Se nota.

— Al principio sí, pero el triple feo quería tener un chino y si no dejábamos el condón, ¿cómo? ¿Ah? Dígame cómo.

— Primero se hubiesen hecho los exámenes de VDRL. Mire eso, ¿ah?, esto parece vulvovaginitis candidiásica.

— ¿Se ve muy grave?

— Pues al menos no huele mal, eso es un buen síntoma. Es que de verdad, Rosaura, lo que me provocó fue meterle un espéculo grandote a ver si aprende a no estar inventando, pero me dio lástima porque tiene la vulva vuelta mierda. Ahí sí es verdad que chilla. Todo por su obsesión con los huevos grandes.

— Coño, Mariíta, no me regañe que de verdad me siento muy mal. Tengo varias noches sin dormir y de paso sin plata. Además, su primo lo tiene enorme, cualquiera se vuelve loca.

— Cualquiera no, hija, usted, usted se vuelve loca.

— ¿Qué me irá a mandar el viejo? ¿Y si es muy caro? ¿Qué voy a hacer? (Llanto otra vez. Me provoca meterle un coñazo)

— Tranquila, seguro le manda Ginotran y unas pastillas que no deben ser tan caras. No joda y a ver si termina de botar al feo del Eduardo que de verdad pa' lo único que sirve es pa' joder.

— Cállese, disimule, ahí viene el viejo.

— A ver ¿qué conseguimos?

(Tengo un cague horrible)

—Esteeeeee, mucho flujo...

—¿Flujo? —Dice regañón.

—Leucorrea

—Bien, ¿qué más?

—Sin embargo el cuello se ve sano

—A ver, déjeme ver. ¿Cuándo fue que me dijo que le empezó, hija?

Fue la oportunidad para que Rosaura y yo emparentáramos. Si se casaba con Eduardo seríamos primas políticas. Pero aquello no prosperó y Rosaura sigue más sola que la una.

Está igual de asustada que cuando llegó. Se pone el aparato y yo me retiro a monitorear los resultados. No estoy muy diestra aún con este sistema, pero debo mostrar seguridad para que a la otra no le vaya a dar un infarto.

—Apriete

—¿Así?

—No, con la pelvis, no se ayude con las nalgas, no haga trampa. A ver, otra vez.

—Ok.

Rosaura pone una cara que me da mucha risa, pero disimulo porque capaz se va y no tengo con quién más practicar.

—Duro, duro, apriete duro lo más que aguante.

—Hummmm, no puedo más.

—Aguante, sea macha, otra vez: apriete.

—Hummmm.

—Suelte... usted aprieta duro, pero no lo sostiene. Una vez más, lo más que pueda, vamos.

—Hummmm.

(Esta toche sí es apatusquera, parece que estuviera cagando)

—No joda, aguante más, Rosaura.

—No puedo... aguanto lo más que puedo.

—¿No quiere sentir mejor los huevos, pues?

—Síii.

—Entonces apriete, ¡no joda!

Del monitor salen los resultados. Se parecen a los de un electrocardiograma. Arranco la hoja y se la muestro a Rosaura.

—¿Ve estos picos?

—Sí.

—Bueno, ahí se ve que está apretando duro, pero no lo sostiene. Debe practicar en la casa, en la oficina, en todas partes unas diez veces al día.

—¿Diez? Olvídelo, yo no me voy a acordar.

—¿Cómo que no? Haga un esfuerzo es por su bien. Una de las pacientes que lleva como tres sesiones me dijo que le ha mejorado la función sexual y encima ya no se le salen los meados. De tan floja que estaba se le salían un poquito.

—A mí también se me sale un pelín cuando estornudo duro o cuando toso.

—¿Vio? ¿Cómo va con el tratamiento del histoplasma? ¿Todavía tose como un perro?

—No, ahí me estoy tomando el Zitrap con fundamento, aunque me da una acidez de padre y señor mío. De la tos no me queda sino el recuerdo.

—Gracias a Dios, ¿y la Dostinex?

—Cuando la consigo. Ahora es más lo que dura desaparecida que lo que la consigo.

—¿Cómo 'ta el tumor? ¿Ha crecido?

—Un poquito, como tres milímetros, pero el neuro dice que sigue siendo microadenoma y así no se puede operar.

—Vamos otra vez, Rosaura, cuando yo le diga aprieta.

—Ok.

—Apriete... sosténgalo, sosténgalo, así, qué bien, ya está mejorando. De aquí a un mes 'ta fina. Y de aquí a un año virgen otra vez.

—¿Qué? No joda, María, primero muerta que volver a perder ese virgo. Esa vaina duele mucho.

—Ja, ja, ja, no de pana, si quiere ver resultados haga el ejercicio por lo menos diez veces al día, como si tuviera la bolita adentro. A ver, sáquesela, lávela y démela pa' guardarla.

Sale del baño con la mirada curiosa, como queriendo grabarse el consultorio. Tomamos asiento para terminar de revisar los resultados.

—No se le pueden olvidar los ejercicios de Kegel. Trate de hacerlos a las mismas horas.

—Si me acuerdo, mija.

—Sí se va a acordar. Hágalos siempre a la hora de comer por ejemplo, así asociará una vaina con la otra.

—No le prometo nada.

—Ni que fueran tan arrechos.

—Tengo mil vainas en la cabeza. Épale, por cierto, ¿vio el cuento que le mandé?

—¿El de los piojos?

—Claro, ¿qué tal?

—Pues me cagué de la risa con la señora Rosaelena. Aunque usted le cambiara el nombre a simple vista se ve que es usted y su mamá.

—De bola, no sé cómo no se volvió loca mi pobre madre.

(Loca me va a volver a mí con su observadera. Rosaura chismea cada centímetro del consultorio. Es como una *Handycam* humana, me desespera)

—Yo gracias a Dios no fui piojosa de chiquita.

—Usted sí es pajúa, Mariíta.

—Claro que no, pregúntele a mi mamá.

—¡Ay!, por favor, Lucecita es capaz de decir que es verdad con tal de quedar bien con usted.

—Claro que no, de verdad que yo casi no tenía. ¿Usted sabe quién sí fue piojosísima? Luzmar, esa sí le caminaban por las orejas, ¡guácala!, se le salían de tantos que tenía.

—¿De pana?

—Sí... de todos modos yo no sé un toche de Literatura, pero a mí me parece que esa vaina no llega a cuento.

—Sí, es cierto, Maríita, es como una anécdota chistosa, una minicrónica, un spot apenas. Tengo que arreglarlo. Hablando de todo como los locos: ¿y apareció el doctor?

—Shhhh, hable pasito que las paredes tienen oídos... no, no ha aparecido (susurro porque más vale prevenir que lamentar), Casos Clínicos nos la está dando la coordinadora académica porque dizque Bianchi está en un congreso en Miami.

—¿Será verdad?

—No sé, a mí me parece raro porque, acérquese más: él siempre que va a congresos o conferencias se lleva alumnos; o sea: a nosotros, y nada, no ha faltado nadie, solo él.

## XI

Alrededor del Congreso no hay más que mugre. Es una total paradoja, pero las calles más sucias y hediondas de Caracas están precisamente en el casco histórico de la ciudad. O sea, donde preciso queda el Congreso, Miraflores, el Banco Central, la Cancillería y hasta el Ministerio de Educación. Justo donde está el poder.

A las diez de la mañana puedes ver carritos que friegan con unos cepillos gigantes los linderos de aquellos sitios tan emblemáticos para el resto del país. Pero apenas caminas unos metros lejos de ellos te tropiezas con toda clase de porquerías. Desde plastas de mierda de algún indigente hasta el propio indigente tirado en el suelo cubriéndose con cartones.

Al lado del McDonald's de Capitolio, donde antes quedaba un cine, no solo hay un pelotón de indigentes pasando la pea, apestosos a meados y aguardiente claro, sino una hilera de pregoneros diciendo “oro, oro, plata, dólares, euros” que no pueden tener más pintas de mafiosos. Algunos alargan las vocales, otros te susurran como si fuera un secreto y los más autómatas simplemente lo repiten cual robots.

Las aceras tienen al menos ocho milímetros de mugre pegados. Solo aquellos elefantes blancos poderosos y súper custodiados son maquillados por los cepillos gigantes, las manos de pintura y las cuadrillas de obreros reparando alguna filtración que pueda revelar signos de descuido. Ninguna de esas edificaciones puede dar muestra de ruina o dejadez. A unos cuantos metros la inmundicia se pasea campante como

la paradoja que resulta ir al centro. Si por mí fuera jamás me acercaría a esos predios. Me la viviría metida en la seguridad del Sambil o del San Ignacio, rodeada de tiendas y comida rápida. Pero nada, las únicas barquillas baratas de toda Caracas están en esas cuadras apestosas.

—No joda, Rosaura, tengo una hora esperándola en esta vaina.

—¿Una hora? Usted sí la caga, qué hora ni qué ocho cuartos, diez minuticos que llegué tarde y ya está chillando.

—¿Diez minuticos? ¿Diez minuticos?

—¿Vio que no es bonito, Mariíta?

—O sea que usted se está vengando.

—No, hija, pa' vengarme de los embarques suyos no me alcanzaría la vida, más bien camine que esta zona está llena de puros malvivientes.

—De pana, yo siento que en cualquier momento me van a arrancar la cartera.

—Quieta, Rosaelena.

(Dice irónica)

—Qué rata.

(Respondo burlona)

—No, pero es que es verdad: cada vez que mi mamá me llama está más paranoica que nunca.

—¿Sí? ¿Qué le dice?

—Qué mosca, que acá matan, que acá roban, que acá secuestran. Parece pinga, qué me van a estar secuestrando a mí si estoy más limpia que las bolitas del Niño Jesús. Además, ¿a quién le van a pedir rescate? ¿A ella?

La heladería no solo ofrece barquillas baratas, adentro hay restaurante, pizzería, panadería y hasta una lunchería. Es un local tan paradójico como toda la cuadra. Puedes ver ejecutivos con maletín, corbata y cara de estresados; pero

también asesoras bancarias entaconadas cuyos rostros se ven notablemente reseco por los aires acondicionados de sus oficinas. Y claro, mendigos mugrientos pedigüeñando y recibiendo reprimendas para que salgan y dejen en paz a los comensales. En los últimos meses se han multiplicado los pordioseros con caras de yanomamis (pudieran ser goajiros, yukpas y hasta pemones, pero yo a todos los relaciono con la etnia amazónica), generalmente cargan niñitos corchados de mugre para despertar la conmiseración de la gente. A mí en lo particular siempre me revuelven el apellido y me provoca gritarles “Trabajen, no joda, trabajen que todavía están jóvenes. ¿Uno sí tiene que trabajar pa’ ustedes, verdad?”.

—Mi mamá es igual, Rosaura, no ve la hora que acabe el posgrado y me regrese pa’ San Cristóbal. Cada vez que le digo que tengo ganas de vender mi apartamento de allá pa’ comprarme uno acá, entra en crisis. No se imagina viviendo en este caos. Ella cree que en cualquier momento Caracas va a ser atacada por bombas atómicas.

—Ojalá mi mamá le tuviera miedo a las bombas. Esa se la vive cagada pero por el pocotón de muertos que ve todos los días en el noticiero. Y es que de bola, Maríita, uno ve las noticias y se caga. No le quedan ganas a uno de salir. Mire la hora que es y yo ya estoy chorreada porque si nos llega a oscurecer por este sector: agárrese.

—No, tranqui, nos comemos esta vaina y nos vamos. A mí también me da mucho miedo esta zona. Dígame La Hoyada. Yo me asomo a la plaza El Venezolano cuando no me queda otro remedio.

Nos sentamos en una mesa con otros comensales. Hay varias parejitas compartiendo unas barquitas al estilo Banana Split con toda clase de adornos: cerezas, pirulines, crema batida,

chispitas de chocolate. Las jevas comen poquito. Me recuerdan a mí misma cuando me invitan un helado: un bocadito de milagro. A una cuando la invitan se hace la toche y come con disimulo. Como si una no fuera muerta de hambre. Como si a una le importaran los kilos y las calorías. Despacito. Con postín. Pero hoy no. Andamos solas, nos costeamos cada una su barquilla y nos las devoramos como las muertas de hambre que en realidad somos. Sin disimulos. Sin apatusquerías.

—Yo también. Ah, por cierto, Mariita, antes de que se me olvide. Puse un aviso en el Facebook pidiendo información sobre la muerte del Catire Henry y adivine qué.

—¿Qué?

—Me han mandado dos mensajes privados amenazándome.

—No, ¿en serio?

—Sí, en serio, cuando los leí me sentí como en la Medellín de Pablo Escobar.

(Risas de ambas)

—¿De pana? ¿Y qué decían?

—Que dejara esa vaina así o algo por el estilo. Que eso era un tema muy sensible y que era mejor dejarlo así.

—¿Cómo así? ¿Pero quiénes le dijeron eso?

—Bueno, uno fue un periodista de *La Nación* con el que yo no me la llevo muy bien. No sé si me lo dijo por puro joder, por dársela de importante o porque de verdad hay muchos intereses que no deben tocarse. Y la otra fue una colega que trabajó conmigo cuando yo recién me gradué y me dieron una suplencia en un liceo por la Cruz Roja.

—¿Por donde vivía Eduardo?

—Ajá, por ahí. Yo conservo ese contacto como por tenerlo, porque decir que somos amigas, amigas, es mentira.

Rosaura saca el celular y yo le pelo los ojos pa' que lo guarde. Es como si quisiera decirle ¡Está loca! ¿Usted no ve

dónde estamos? ¿Ta buscando que la dejen sin perol? Pero nada, ella no hace caso y me lo muestra como si fuera un tesoro.

—Mire lo que me puso otra pana que estudió conmigo la maestría (claro, ella era de otra cohorte, pero igual conservo su amistad):

Hola, Rosaura, del Catire Henry se dicen muuuuchas cosas, como por ejemplo que fue amante de un médico muy reconocido de la ciudad de San Cristóbal y la impunidad reinó en el caso. Este médico hasta murió de viejito sin pagar un solo día de cárcel. La colectividad tachirense siempre dijo que él era el responsable, era ginecólogo, trabajaba en Táriba, era el propietario de la maternidad de allá. El médico en cuestión era uno de los ginecólogos de mayor renombre; salvó muchas vidas y ayudó a muchos tachirenses a llegar al mundo. En su ámbito era muy respetado. El centro de salud que él presidía ya no existe, en su lugar está el centro comercial Raíces.

El sitio de encuentro de la pareja era una casa de citas que estaba ubicada en La Guacara donde asistía gente de ambiente de la época dentro de los cuales se contaban militares, políticos y sacerdotes, de hecho salió a relucir el nombre de un ex gobernador. Si mis cálculos no me fallan, la casa de citas, que de hecho conserva el mismo color amarillo de las puertas, queda en la carrera 12 de La Guacara, exactamente más abajo del preescolar Regina de Velásquez.

Esa información forma parte de la leyenda urbana del Catire Henry, me la ha contado mamá en varias oportunidades. Espero que la información le sirva para ponerle aunque sea una ceja a alguno de sus personajes, jajaja, que le vaya muy bien y que le rinda.

—¿O sea que ella cree que usted está escribiendo una novela sobre el Catire?

—Yo creo, ja, ja, ja, qué fino. Por cierto, ¿y qué pasó con el doctor? ¿Apareció?

—No, nada.

—¿Vio? Yo le dije. Ese Bianchi se las trae.

—¡Ay!, ya, cómase la barquilla y calle la jeta más bien. Usted sí inventa. ‘Ta bien pues: *El estrangulador de Nueva York* ja, ja, ja, no, mejor: *Jack, el destripador*.

—Usted diga lo que quiera, pero algo se trae ese viejo porque si no: ¿por qué no ha aparecido?

—Mejor camine que quiero mostrarle un vestido arrechísimo que vi por la Cancillería. Apure pues.

## GASES

“Qué malayo dolor de barriga”, repite Carito todas las mañanas. Yo pienso que hubiera podido decir: “Qué mardito dolor” o “Qué dolor tan mollejú”, pero no, Carito insiste en su “malayo” dolor y yo creo que malayo le queda chiquito a estos dolores de barriga tan coñosumadres que nos atacan casi todos los días.

Ya no recuerdo cuándo me comenzó este suplicio. De Carito me cuentan que lo trajo desde su llegada a la oficina hace un montón de años. Pero en lo que a mí respecta, podría asumir que cuando me mudé a Caracas, pues a pesar de que acá ya no me puedo tapucear de pan dulce todas las tardes, debo reconocer que el cambio –geográfico y gastronómico– pudo haber incidido directamente en esta especie de calvario rocambolesco (ya luego entenderán que no es exageración). Independientemente de cuándo comenzó o se agravó, esta vaina no termina de darme una estocada final. Trataré de acercarlos a lo que siento.

Mi dolor de barriga no puede definirse como un “estirón” o un “apretón”, pues es mucho más complicado. Cuando me levanto paso directo a orinar y me asombra mi abdomen plano. No como el de una Miss, pero al menos no quedan signos del hinchamiento de la noche anterior. La *planitud* dura apenas unos pocos segundos porque apenas me bebo mi vaso de agua matinal comienzan a batirse las tripas como si tuvieran vida propia. Claro, todo es relativo, porque si soy franca las mañanas pueden ir de un salto a la poceta porque ya me estoy haciendo en los calzones hasta una decena de vueltas por la casa –con agua tibia, café oscuro o zumo de zanahoria con sábila– para que mi estreñido estómago pueda desahogarse (o al menos intentarlo, porque puedo pasar fácilmente del

estreñimiento más pertinaz a la diarrea más insoportable). Yo intento decirme mil veces “mi cuerpo sabe lo que necesita para estar bien”; “mi cuerpo sabe lo que necesita para su bienestar”; “mi cuerpo sabe” y zas: ya el dolor es insoportable.

Luego del desahogo estomacal –que por lo general nunca llega a ser completo pues si estoy estreñida me queda la sensación de que me falta más de la mitad; y si es diarreico entonces quiero quedarme pa’ ahorrar papel y agua– me hago la fuerte, tomo una ducha rápida y me como mi arepita. Le he intentado dar un toque “saludable” con ralladura de zanahoria, calabacín y ajonjolí. Cualquiera que me viera diría que mi régimen alimenticio es sinónimo de una vida plena; no obstante, no he terminado de llegar a la oficina cuando ya siento que la arepa y toda su carga “provechosa” me están volviendo añicos. Pienso en la dieta que me dio el decimocuarto gastroenterólogo que me ha visto y puteo madres porque la harina de maíz está vetada de la lista. Claro, es que tengo vetados tantos alimentos, que si me pongo a hacerles caso terminaré comiendo aire. Leche y sus derivados, huevos, harinas, dulces, panes, chocolate, grasas, carnes rojas, cubitos, cítricos, brócoli, repollo, cambur, pastas (¡espagueti!), mermelada, refrescos, azúcar, miel, bizcochos, mayonesa, salsas, picantes, enlatados, embutidos, en fin, todo lo bueno y bello de la vida te lo borran de un plumazo. ¿Con qué coños quieren los galenos que uno cocine? Uno de los tantos que me ha visto indicó: “Preferir alimentos asados, horneados o salcochados”. ¿Qué cipotes significa salcochados? Al que deberían “salcochar” es al malayo dolor de barriga que ningún médico termina de curar. Pareciera que para ellos es un secreto deleite verte quejar y retorcer del dolor. Su frase predilecta es: “Usted no se ha cuidado, no ha seguido la dieta”. Yo quisiera verte coño e tu madre comiendo crema de auyama

en Nochebuena. O celebrando el matrimonio de un hijo con un trozo de lechosa mientras todíticos tus invitados se jartan de pernil, tequeños, cupcakes y ceviche.

Por eso en lo que apenas me siento en mi escritorio corroboro que el pantalón me va a estallar. Los gases se han subido y empiezan a burbujear entre el estómago, páncreas y lo que asumo debe ser el ¿colon? Pareciera que en vez de ascendente, transverso y descendente tengo cinco hippies tripeándose una Hora Loca. Apelo por mi Simeticona. A los pocos minutos comienzo a temer que alguno se me escape y termine sacando a todos mis compañeros por la escalera de emergencia. Hay días en que siento tantos, que me creo socia mayoritaria de PDVSA Gas Comunal. En esa materia soy la más eficiente; y no solo me refiero a la cantidad, sino a la calidad. Los olores devenidos de estos problemillas gástricos van desde los más discretos (disimulables si vas caminando rápido por la calle) hasta los más asquerosamente podridos (imposibles de ocultar y capaces de clausurar un piso entero). No sé dónde leí que todo ello es normal; de hecho, “el hombre promedio lleva alrededor de cinco libras de carne roja no digerida y putrefacta en su sistema digestivo”. ¿Será que estoy fuera de las estadísticas?

Hace ya algunos años, la diferenciación en los niveles de podredumbre era mucho más sencilla. Si comía caraoatas por ejemplo, era seguro un tipo de gas sulfatado que me daba quemonazos.<sup>1</sup> Pero si comía Corn Flakes, entonces los hedionditos parecían una mezcla de vómito de bebé con leche podrida. Claro, ustedes dirán: ¿Quién no se ha echado un pedo

---

<sup>1</sup> Ahora me pasa con casi todo; y, sin derecho a réplica, mi gallardo ano aguanta con valentía los más torrenciales chaparrones diarios.

podrido en su vida? Todos. Pero su producción excesiva, esa sensación de llenitud, esa angustia de que pueda salirse uno delante de todo el mundo no es vida para nadie.

Después de que he saltado al baño de la oficina unas cinco o seis veces para disimular mi malestar, he bajado a comprar una manzanilla, bebido muuucha agua, hecho ejercicios de relajación y hasta repetido ochocientas cincuenta mil veces más “mi cuerpo sabe lo que necesita para estar bien”, llega la hora del almuerzo. Me tomo mi medicamento para preparar a la boca del estómago (debería al menos hablar y decirme qué le pasa). Espero quince minutos y bajo al comedor para masticar mil veces cada bocado porque “es necesario para una buena digestión”. Si por los médicos fuera, no podrías ni hablar durante las comidas. Encima de que te prohíben cuanta verga se les antoja, pretenden que mastiques los alimentos como si por eso te fueran a dar una medalla. No bebas jugo de melón, sino el melón picadito; eso sí, fuera de las comidas. No mezcles las frutas; olvídate para siempre de la tizana aunque la recuerdes con mucho cariño porque era lo que te daban año a año el Día de la Alimentación. Come cinco veces al día; tres comidas completas y dos merienditas (como si las “merienditas” fueran vainas deliciosas y en realidad no pasan de una fruta carísima como manzana o pera).

En fin, termino de almorzar y vuelvo con la Simeticona; un paliativo que a la larga te vuelve el estómago lento y te hace tan, pero tan dependiente de él que si no te lo tomas no puedes procesar ni un vaso de agua. Con mi componente de enzimas pancreáticas comienzo a experimentar una tormenta gasífera muy extraña. Si comí algo de complicada elaboración, como pasticho o enrollado de carne, me burbujean hasta saturar mi barriga. Llega un momento en el

que no puedo respirar. Es como si se me alojara entre pecho y espalda. Horrible. Malayo dolor. Mientras que si aumenté la dosis de fibra, son como más vívidos, intensos y aunque no lo crean dolorosos.

Lo más paradójico de todas estas horas es que ya no puedo distinguir cuando tengo hambre o solo antojos. Pareciera que comer, digerir y cagar están enrevesados sin remedio. Mi barriga y su malayo dolor no tienen un orden concreto de nada. Un día puedo levantarme de un feliz envidiable y otro retirarme de una reunión con los jefes porque no soporto la urgencia. Una tarde puedo compartir unas papitas fritas en el cine y otra tengo que correr para algún terrorífico baño público porque ya se me están saliendo los cursos.

A todas estas ya ha llegado la hora de irme para la casa y estoy a punto de explotar. Mi abdomen es un globo amorfo. Pareciera que llevara instalado un salvavidas en la cintura, listo para cualquier emergencia. Hago de tripas corazón y emprendo rumbo a mi casita. Allí al menos tendré chance de desahogarme. Una vez acomodada en mi cama, a la que en esos momentos percibo como la gloria, comienza una batalla campal de pedos que a ratos ni yo puedo soportar. Claro, ustedes estarán pensando que si yo misma los produzco no tendría ningún problema en soportarlos, pero es pura paja porque hay algunos que hasta a mí misma me resultan inaguantables. Además, hay unos en los que siento que puedo ensuciarme encima. Trato de concentrarme en el programa televisivo del momento, pero la doctora Mónica y sus enredos leguleyos no evitan que me sienta miserable.

Analizo qué coños me preparo de cena para aliviarme el malayo dolor, los gases, la hinchazón, el hambre y la ansiedad. Apelo por la manzanilla. ¿O mejor celery? Cifro todas mis esperanzas en esas hierbas milagrosas. Una vez terminada mi

cenita ligera, me zampo mi digestivo (a pesar de la adicción y efectos secundarios) más la pastilla de la tensión y las varices.

El día no acaba y recuerdo que lo peor de esta rutina de pedos y dolores es la vida sexual, pues termina irremediablemente afectada por el colapso. Es que piénsenlo: no hay nada más arrecho que un orgasmo en medio de un duelo *tripal*. A ratos he creído que en vez de venirme voy a cagarme.

Bien, con todo y todo, ese fue un día medianamente bueno. Hay otros en los que me debato en quedarme a morir deshidratada en mi casa, acudir a urgencias o aparecerme en la oficina a pesar de la cara de zombie. Si me decido por la jornada laboral, tengo que asumir con valentía la manera de darle la cara a mis compañeros. La primera vez que me atacó una diarrea así, todos tenían en el rostro una mezcla de asco y temor ante la posibilidad de una amebiasis colectiva. Con los meses han terminado de aceptar como “normal” mis ataques repetitivos y absurdos. Del asunto bromean de vez en cuando y hasta me hacen reír.

A los únicos a los que no les han resultado absurdos han sido a mis doctores. No sé a cuántos he ido ni cuántas veces he estado hospitalizada. Me han explorado hasta mi árbol genealógico y no han podido hallar más explicación que “usted no ha seguido la dieta”. Cuando me agravo, los procedimientos galenos son más o menos los mismos: hidratarme, desinflamarme, comerse mi póliza de HCM y prohibirme alimentos que produzcan gases. Casi todas las indicaciones son por un mes, como si en ese tiempo se fueran a borrar todas las cicatrices.

Siendo ecuánimes, pero sobre todo pragmáticos, las tripas deberían ser como los cauchos: reemplazables. Sin duda las mías necesitan ser sustituidas por unas más eficaces.

Yo misma me encargaría de todo el trámite burocrático. Desde colocar el aviso “Se solicitan tripas tamaño estándar, de primera calidad y con garantía”; hasta firmar el acuerdo con el vendedor de esa vaina pa’ que se comprometa a pagar los daños si su producto trae fallas de fábrica o materia prima de segunda. Me buscaría a la propia abogada del tele-show pa’ que gestione las cláusulas del contrato.

Por eso cuando me reaparecen las diarreas yo misma me pago el coproanálisis; me saturo de suero oral e Hidrasec; reduzco al mínimo las grasas; retomo el Colypan y la Simeticona; y vuelvo a la bendita dieta. Prefiero eso a escuchar el mismo sermón medicamentoso.

En un artículo de opinión leí que el último grito de la moda es fijarse en el tamaño, cantidad, color y olor de las heces. A través de una observación precisa, minuciosa y sistematizada de esos “detalles” podrían detectarse las razones por las cuales uno se la pasa tan enfermo del estómago. Yo he intentado hacerlo, pero la vaina no está fácil. Si al menos pudiera decir que tres días seguidos mantienen características similares, pero nada. No puedo hallar patrones que esclarezcan mi caso y me ayuden a superar mis dolencias. En lo que va de enfermedad he podido ver desde enormes tubos con forma de intestino hasta un caldo hiperlicuado parecido a las cremas Maggi. Las representaciones pueden ir de una manguera enrollada hasta unas plastas parecidas a unas torticas de avena. Si de olores se trata, pudiera acotar que cuando estoy en plenas crisis diarreicas pueden variar de una fetidez alcalina hasta una medicinal; pero si estoy hiperestreñida, la cosa es más complicada aun porque puedo convertirme en un arma de destrucción masiva.

Yo no me he atrevido a preguntarle a Carito qué observa ella en las suyas. Capaz y no lo hace. Se conforma con

quejarse de su malayo dolor y punto. Porque hay algo que debe reconocérsele a esa maracucha: es una vergataria.<sup>2</sup> Se queja casi todos los días, pero no se obsesiona con el temita. A diferencia de mí, ella se pega sus atracones en Subway y se bebe su Coca Cola grande sin remordimientos. De vez en cuando la veo llegar con un tequeñote y siento una infinita envidia. Y saber que mi vida estuvo hasta hace muy poco llena de grandes delicias. A lo mejor por eso mis intestinos están en huelga indefinida. Es que yo vivía de fiesta en fiesta: morcillas, mondongos, arepas de chicharrón, bollos, helados, brownies, café (en sus diferentes presentaciones), pizzas, hallacas, hervidos, parrillas, pasapalos, milhojas, ¡humm qué rico! Yo creía que todos esos excesos se superaban con los depurativos de rigor. Esa mezcla asquerosa de sábila, pepino, piña y naranja dos veces al año deberían no solo dejar todo “limpiquito como un sol”, sino desinflamado y listo para recibir otra descarga de colesterol y triglicéridos.

Carito llegó hoy sonriente. Creo que pronto cumplirá años y eso la tiene muy contenta. No se ha quejado de su malayo dolor de barriga. Yo trato de concentrarme en mi Círculo de Realización Personal, mientras mi orquesta sinfónica interior se prepara para una demostración magistral. Abro mi Gmail para ver si alguna transnacional se interesó en mi perfil y me llevará lejos a ganar en dólares con qué pagar una cura definitiva a este mal. Pero nada, el único correo nuevo tiene un título poco alentador: “Resultados en archivo adjunto. Esperamos haya sido de su agrado el servicio prestado”. El

---

<sup>2</sup> Traducido al español, vergataria es una mujer valiente, arrecha, decidida. Es casi como nosotras las gochas, pero en vez de acento andino tienen un cantadito marabino medio pajúo.

remitente es la última Unidad Gastroenterológica a la que acudí con la esperanza de hallar una solución a mi karma. Se suponía que llegaría en dos semanas. ¿Será que tengo algo malo? Al mal paso darle prisa –diría mi mamá–, así que abro el documento y lo leo ansiosa: “Válvula ileocecal y orificio apendicular de aspecto y coloración normal, patrón vascular conservado, buena peristalsis sin lesiones evidentes”. Respiro profundo tratando de contener la rabia e impotencia. Mis vísceras tienen armada la megarrumba. Creo que es cuestión de minutos para que una asquerosa *Tormenta del desierto* haga su aparición. Uno de mis colegas protesta molesto:

—¡Fof!, se cagaron, y no de la risa.

Desde nuestros puestos de trabajo nos alcanzamos a ver unos a otros buscando quién tiene más cara de culpable. Sonríe triunfadora porque esta vez, contra todo pronóstico, no fui yo.

FIN

### XIII

La paciente no se siente cómoda. Preferiría estar con el doctor Bianchi. Le hemos explicado que él está en un congreso y lo más adecuado en su caso es continuar con la terapia. Que esperarlo atrasaría su tratamiento. Se muestra renuente. Está pálida y asustadiza. No debe ser fácil explicar lo que te está comiendo las entrañas a un par de desconocidas cuya mayor fiabilidad radica en unos títulos que aseguran su nivel de experiencia y preparación. ¿Acaso alguien realmente es experto en temas tan complicados como el de ella?

Sin más remedio, casi que acorralada por nuestros argumentos, la paciente accede. Tiene temor a explicarnos todo otra vez. Su casito yo me lo sé de memoria. Podría perfectamente ejercer el rol de Bianchi (sin la papa en la boca, por supuesto), pero la doctora sustituta no me permite ni parpadear. Prefiero al viejo, es más comprensivo y menos quisquilloso.

“¿Cuántos años me dijiste que tenías?”, pregunta la coordinadora. Toma nota como si fuera periodista y estuviera en una rueda de prensa. Yo hago que anoto, pero la verdad no me hace falta porque la problemática de esta muchacha no es nueva para mí. Fue el primer caso clínico que me dejó monitorear Bianchi.

Mientras trata de abrirse ante nosotras comienzo a imaginarme: ¿cómo mataría Bianchi a La Lulú? ¿Cómo no pude darme cuenta de que el doctor tenía un arma?

Haciendo memoria me he montado en su camionetota una sola vez. Nos dio la cola porque ya empezaba a oscurecer. Total, Aldo, Orlando y yo vivimos por el mismo sector, así que acercarnos representaba matar tres pájaros de un mismo tiro. Claro, el argentino y el colombiano pagan habitaciones, mientras que yo un apartamento tipo estudio que aunque no sea más cómodo, al menos es mucho más discreto. Tan siquiera yo puedo llevar visitas o un amante ocasional. Los pobres toches esos tienen que desahogar sus fueros pasionales en hoteluchos porque hasta lavar es un problema en esas residencias estudiantiles.

La que coronó de todos cuatro fue la ecuatoriana. Esa sí vive cómoda en una casa familiar con unos evangélicos que la tratan como a una hija más. La comidita caliente y un bebedizo los días de gripe le hacen la estadía en Caracas mucho más placentera que a cualquiera de nosotros. Además, allí cuenta con todos los servicios, incluyendo lavar las veces que le dé la gana, internet, agua caliente y hasta un “¿Cómo le fue, hija?” todos los días.

Por eso nos la ofreció y claro porque ya era muy tarde gracias a su encadenamiento. Parece que trabajar en el canal del gobierno lo ha hecho fanático de esa manía de estar hablando solo durante largos minutos. Hacer televisión es carísimo en cualquier parte del mundo, pero en las lides del poder reinante, ese tipo de *nimiedades* no importan. Se pueden lanzar perfectamente el programa más absurdo sin miedos al rating, el share o al cierre por falta de anunciantes. Por eso y porque hay temas que le emocionan se le olvida que uno anda a pata. Por eso, y por el remordimiento de vernos bajar por esas calles oscuras y peligrosísimas ofreció acercarnos hasta La Candelaria.

Yo me fijé que el doctor manejaba cauteloso. No era una momia, pero tampoco corría, guardaba la distancia prudencial

entre su camioneta y los otros carros. Respetaba los semáforos. Podría decirse que es un buen ciudadano. Encima, mencionó a su esposa y sus hijos durante todo el trayecto. Se le podía sentir cierta fascinación por su familia. ¿Cómo podía odiar a los transexuales si eran su principal fuente de riqueza? En todo caso, la pregunta más bien sería, ¿con quién se inició en esto de matar transexuales? ¿Se habrá enamorado de algún paciente y luego lo mató por celos?

Definitivamente La Lulú debió ser primero su paciente porque no me imagino al doctor buscando trans en La Libertador, cuadrando precios, deteniendo su carrotote para cerrar una transacción. Los transformistas que se venden allí comienzan a salir generalmente a partir de las ocho y el doctor lo máximo que nos ha hecho quedar hasta tarde es a las siete. Así que es imposible que se hiciera el pingo a esperar que llegara la hora en que los trabajadores sexuales se multiplican y copan la avenida con sus cuerpos semidesnudos.

Una vez, recién llegadita a la ciudad, pasé por ahí con Pedro y vi a uno de ellos con unos hilos dentales que permitían exaltar sus atributos. La cintura era digna de un maniquí. Las piernas mucho más contorneadas y firmes que las de cualquier modelo. Un cabello rubio más cuidado que el de Marilyn Monroe. Tenía puesta una mano en la baranda en una pose entre seductora y graciosa.<sup>3</sup> Pedro tocó con saña la bocina (de sangripesado como siempre) y ante el escándalo, el hombre volteó y gesticuló una mezcla de sensualidad y ridiculez. Sus senos eran grandes, atractivos, cubiertos por un pequeñísimo

---

<sup>3</sup> Claro, nadie me había explicado que lo de la mano en la baranda no tenía nada que ver con una pose seductora, sino con la facilidad para correr a la hora de que llegue la policía. Apenas divisan una patrulla pueden correr y perderse en los entresijos del elevado.

bikini que apenas alcanzaba a esconderle los pezones a punto de lanzar torpedos como Afrodita en *Mazinger Z*. No pude notar si se le veía la manzana de Adán o no. Lo que sí nunca podré olvidar es que la parte inferior del bikini se abría para darle salida a un enorme falo. La imagen me resultó dantesca: una mujer con un huevo gigante (como los que le encantan a Rosaura).

Pedro le profirió un insulto, subió el vidrio y aceleró. “Usted sí es pasado”, le dije histérica. Se rió con picardía y seguimos. A las pocas cuadas, justo cuando estaba tomando la vía hacia la Andrés Bello espetó: “¿Viste cómo mostraba el huevo el pervertido ese? ¿Te fijaste? ¿Y qué hora es? ¿Las once? ¿Las doce? NO, las ocho y diez minutos de la noche. ¿Ah? ¿Se justifica una cosa como esa? ¡Dime! ¡Dime! ¿Se justifica? ¡Por eso es que los matan! ¿Cuántos padres de familia no pasan a esta hora con sus hijos por La Libertador? ¿Ah? ¿Ah? Y tienen que ver semejante espectáculo. ¿Cómo le explican esa imagen? Dime, pues. ¿Cómo se la explican? Una mujer con un huevote guindando, habrase visto, fin de los tiempos”.

La sentencia de Pedro: “Por eso es que los matan”, me quedó revoloteando por largo rato. Me hizo recordar en aquel momento que en Maracaibo, Mérida y hasta Yaracuy (con todo y que es una de las entidades más tranquilas del país) también los matan. Pero sobre todo me hizo reflexionar sobre cómo han habido crímenes homofóbicos en Sancris. Me hizo recordar que los noticieros locales también reportan asesinatos de travestis que se prostituyen en las calles. El diario *La Nación* hizo una vez un especial sobre “Escenas de la San Cristóbal nocturna” y algunos trabajadores sexuales confesaron: “A veces nos maltratan, de los carros nos tiran cosas, nos gritan insultos o pasan carros sin placa de los que nos sacan pistolas. Otras veces nos montamos para un servicio

y el mismo cliente nos roba. Los policías anteriormente nos pegaban, pero los de ahora más bien nos defienden”.

Yo los he visto en toda la esquina del Centro Lido, entre la séptima avenida y la calle nueve. Tienen el mismo aspecto arreglado de los de acá. Como si sintieran la necesidad de demostrarnos que se cuidan y embellecen más que nosotras. ¡Malditos narcisistas!

Los que más han salido ganando con toda esta ola de placeres noctámbulos son los cirujanos plásticos. Al igual que Bianchi, los especialistas en curvas, prótesis mamarias, levantamiento de glúteos, cuellos, labios, pómulos, frentes, narices y blanqueamiento de anos deben ver a sus pacientes trans como la primera fuente de ingresos de sus lujosas clínicas.

¿Cómo sería capaz el doctor Bianchi de tomar su pistola, llegar hasta la avenida y dispararle? El tipo del noticiero dijo un Corsa, no una camioneta. ¿Pero y si el doctor tiene otro carro? A lo mejor la esposa sí tiene uno y se lo prestó. “Mija, ya vengo”; ¡pum! ¡pum!, dos plomazos y a la cama como si nada.

Y lo de andar armado no es tan descabellado. El doctor Bianchi tiene muchísimos contactos en el gobierno, no sería raro que tuviera la autorización para cargar una Glock o una Colt. Es más, con la influencia que ha llegado a tener el doctor, podría perfectamente tener un par de escoltas. Además, a él ya le han robado dos camionetas. No tendría nada de raro que cargara un revólver para defenderse.

Si Bianchi le disparó a La Lulú y ya la policía lo vino buscando es porque dejó alguna pista. Porque no fue lo suficientemente cuidadoso o porque ya perdió influencia en el alto gobierno. No hay nadie que lo proteja. Aunque pensándolo bien eso no tiene mucho sentido porque las palancas no se

pierden así no más. En tantos años de vida pública no puede quedarse desprotegido de la noche a la mañana. Es un tipo importante y acá quien es poderoso no paga cárcel. Los niveles de impunidad del país no dan para ese tipo de justicia. O sea: si eres un pobre toche y se te escapó un balazo en una fiesta no tienes posibilidad de librarte de una condena, pero si eres rico, renombrado e influyente jamás de los jamases recibirás una sentencia y mucho menos te comerá la desgracia.

En ese caso, si el doctor mató a La Lulú es más que seguro que no fue su primera vez. Ese tipo de crímenes se caracterizan por reproducirse en cadena. Es decir, quien le pega unos disparos desde un auto a un transexual y no le pasa nada, seguro lo seguirá haciendo. No solo por el placer que supone cegarle la vida a alguien que cree odiar,<sup>4</sup> sino porque retar a un sistema judicial corrupto e ineficiente debe ser un motivo más para convertirse en un asesino en serie. Que lo digan los detectives que se acostumbran a comandar operaciones exterminio en los barrios peligrosos. Pareciera que tienen permiso para darle chumbimba a todo ser que se mueva, independientemente de que tenga o no el perfil de un criminal. Con registrar en el informe que se resistieron al arresto, basta y sobra para encubrir los ajusticiamientos de los que se han vuelto tan fanáticos.

Sí, si el doctor mató a La Lulú no pudo haber sido su primera vez. Van demasiados crímenes de ese tipo en los últimos años sin que nadie pague por eso. Encima, dados sus antecedentes como psiquiatra de tanto renombre y con tantos

---

<sup>4</sup> Creen, porque al final, según el psicoanálisis, generalmente los homofóbicos esconden dentro a un homosexual. O sea: fingen odiarlos, pero en el fondo desean ser uno de ellos.

años de experiencia, es probable que resulte otro Chirinos cualquiera.

La paciente llora inconsolable. Balbucea las palabras como muestra de que la terapia no le ha servido de nada. Se suena los mocos con el pañuelo. Me da asco. Extraña al doctor, es evidente. Nadie puede negar que Bianchi sea bueno. De que sabe, sabe. El mejor psiquiatra del país, si me lo preguntan.

## XIV

—¿Aló?

—Hola, Rosaurita, ¿cómo 'ta la vaina?

—Hola, mujer, bien gracias a Dios. Ya no tengo la barriga tan hinchada. Comí ahuyama hasta que me supo a bueno. ¿Y usted? ¿Cómo se ha sentido?

—Agotada, hija, he tenido muchísimo trabajo.

—¿Y leyó el cuento que le envié?

—No, qué toches, ¿con qué tiempo?

—Humm, bueno, le va a gustar, cuando pueda échele una miradita y me dice qué puedo arreglarle. Para mí fue una especie de exorcismo, por fin pude liberar todos los traumas que me ha generado este peo de la barriga. Por cierto, ¿cómo quedó lo que le corregí?

—Fino, todo bien, pero ahora es que tengo vainas por corregir. Una presentación de Power Point, un artículo... no, pa' qué le cuento. Usted llora.

—Si es exagerada. ¿Y eso que me llamó?

—Coño, Rosaurita, lo que pasa es que compré un Full Day por Aprovecha y no puedo ir porque me bajó la regla. ¿Será que usted va por mí?

—¿Quiénes van?

—Este... Mary, Aldo, Orlando y el novio de Aldo.

—¿Qué? ¿Novio? Nooo, Maríita, yo no los conozco, me voy a aburrir.

—Para nada, ellos son bien.

—Pero igual. Son médicos, no voy a entender un toche de lo que hablen y me voy a sentir rara. Especialmente con los “novios”.

—Queeee tampoco, normal, es gente normal. Además, ni que usted fuera una pobre toche. ¿No tiene una maestría pues?

—Sí, ¿y?

—Bueno, usted es una mujer culta. Puede hablar de cualquier tema. Es más, Orlando me dijo que estaba muy interesado en leer su tesis porque como yo le dije que usted trabajó la pornografía, él cree que sería interesante ver desde qué punto de vista usted la abordó.

—Sí, pornografía li-te-ra-ria. Eso no tiene un carácter científico, al menos no como ustedes lo abordan.

—Pero igual él mostró interés, seguro que la pasan bien. Los dos hablan más que un perdido cuando aparece.

—¿Y está bueno?

—Ja, ja, ja, pero es marico. Pero no vaya a decir nada que él es reservado y actúa como si no lo fuera.

—¡Ay!, no, Mariíta, yo no quiero ir.

—¡Ay!, por favor, por favor, Rosaurita, se lo suplico. Yo ya pagué, tómelo como un regalo de graduación que yo no le di nada. ¿Sí?

—Pero es que me voy a aburrir. Voy a ser la mosca en la sopa.

—Noooo, yo que le digo que la van a pasar muy bien. Es Cayo Muerto o Cayo Sal, ya no recuerdo, pero bellissimo, allá no se aburre ni mi abuelita, pues.

—Claro, porque ella no va a ir con desconocidos. No, de pana que no, gracias, pero no.

—Coño, Rosaura, usted sí es. Mire que yo ya pagué y no devuelven la plata. Invite a alguien.

—¿A quién? ¿Cuánto vale?

—Mil bolos.

—¿Mil? No joda, Mariíta, ¿quién toches va a tener mil bolos así de ya pa' ya? Eso es casi media quincena. ¿Y los demás gastos?

—No, boba, ellos ponen todo. El paquete incluye todo: transporte, refrigerios, almuerzo, bebidas.

—Bueno, pero igual. Uno siempre en esos paseos gasta, que si un Cheese Tris o un refresco, qué sé yo. Tampoco se puede ir uno limpio.

—¿Qué puede gastar? ¿Quinientos bolos?

—Quinientos son quinientos, mija, con esta pelazón. Yo no creo que consiga quién me acompañe. ¿Pa' cuándo es? ¿Pa' este sábado?

—No, pa' mañana.

—¿Qué? ¿Mañana? Noooo, menos.

—Coño, Rosaura, no sea así.

—Ajá, ¿y usted por qué no se pone un tampón y ya?

—No me gusta. No hay dónde cambiarse. ¿No ve que es un cayo? Allá no hay dónde cambiarse y así es muy incómodo. Mañana es mi segundo día y capaz y me mancho. El viaje en la buseta es toda la noche, así que imagínese, puedo llegar allá enlagunada de sangre.

—No, Mariíta, de verdad que no. Discúlpeme esta, pero yo no quiero ir. Me voy a sentir rara, sorry.

—'Ta bien, se perderán mis mil bolivaritos, ni modo.

—Ja, ja, ja, usted si es manipuladora.

—No, de verdad, se perderán, yo así no voy, yo me conozco y me voy a incomodar. Ni modo. Que se pierdan.

—¡Ay!, Mariíta, no me diga eso que me hace sentir mal.

—No, no, tranqui, yo entiendo. Lástima por los mil.

—Qué rolo de manipuladora.

—Ja, ja, ja, no la estoy manipulando, tonta. Que se pierdan, qué pingos.

—Está bien, iré, qué ladilla con usted, Pedro Zapata: si no la gana la empata.

—¡Yupii! Gracias, Rosaurita.

—Ajá, ¿y a qué hora o qué?

—Mañana a las diez de la noche en la torre La Previsora. Yo le mando el número de Mary y usted le dice cómo anda vestida y ahí se conocen y ya.

—¿No tengo que llevar nada?

—Abrigo, porque en la buseta hace mucho frío.

—Ok, listo, quedamos así, pero que conste que lo hago para que no pierda esa plata.

—Gracias, Rosaurita, yo siempre puedo contar con usted.

—¡Ay!, sí, ya, y le creí, pajúa.

## XV

El salón de audiovisuales es mediano. Allí también se reúnen los estudiantes de la Maestría en Orientación de la Conducta. O sea: los profesores con ínfulas de psicólogos; y, los licenciados en Psicología, pero que se las pican de psiquiatras. Es decir: suponen que con un título de *Magíster Scientiae* van a poder evitar que los alumnos se cojan en los baños del liceo o las carajitas no se preñen del primer tonto que les hable bonito. Orlando ya les da clases. Dice que a mí también tarde que temprano me tocará. Yo no me veo en esas. Me aterra el público, las preguntas incómodas, los Pepitos preguntones. Claro, si el doctor Bianchi regresa, si al final sus influencias lo libran de pagar cárcel y me pide que les dé alguna materia, yo lo hago. ¿Cómo negarme? Si quiero ser la sexóloga más influyente del país debo superar mis miedos, aprender a emplear los equipos audiovisuales y convencer al público de que no hay nadie más experto en sexología médica que yo. Que no existe médico más capacitado para superar sus parafilias, fantasías o traumas sexuales, complejos, manías que yo. Además, las clases no son gratis. A diferencia de corregir libros, artículos y presentaciones de Power Point, el doctor Bianchi le reconoce a uno las horas como pedagogo trasnochado. A Orlando le ha resultado una doble ganancia: aprende a meterles cotorra a los maestrandos y percibe un ingreso extra para gastárselo con sus potenciales amantes. Porque, seamos francos, ninguna plata alcanza. Así él, Aldo y Mary cambien sus pesos y dólares en el mercado negro, la

plata se les hace igual sal y agua. Con una inestabilidad tan grande como la actual es imposible ahorrar.

Trato de mantener una actitud serena, pero reconozco que tiendo a enredarme cuando tengo que hablar ante los demás. Y eso que ya les tengo confianza a todos. Incluso a la sustituta temporal de Bianchi. Y eso que ya no la percibo tan quisquillosa. Reconozco que con ella también se aprende.

Ahora Aldo está explicando de qué se tratará su investigación. De su diapo brilla titilante: “La masturbación es todo acto autoestimulador que tiende a producir o incrementar la satisfacción sexual. Históricamente ha sido un tema tabú, controversial y lleno de mitos y en esto no ha estado exento el mundo científico” (Bardi, A. y otros: 2011).

No puedo negar que el sabelotodo ese es bueno en lo suyo. Cuando finaliza, comienza Orlando y creo estar escuchando la misma cantaleta.

No hay huellas paleontológicas que indiquen si nuestros antepasados se masturbaban o no, pero teniendo en cuenta que los mamíferos, y en concreto los primates, lo hacen y que la especie humana pertenece a estos dos grupos, parece razonable pensar que la masturbación ha formado parte de las prácticas sexuales de los homínidos a lo largo de su evolución. En este sentido, la masturbación humana forma parte de la herencia de nuestra evolución (Burgos, G.: 2012).

Lo leo, lo escucho, lo analizo y es como si los dos proyectos de tesis fueran los mismos. El colmo de la repetición es la ecuatoriana. “El erotismo no es algo exclusivo de los humanos actuales, los primeros *Homo sapiens* que llegaron a Europa, hace unos 40 000 años, tenían ya un complejo comportamiento sexual del que dejaron constancia en unos pocos grabados y

pinturas rupestres, convirtiéndolos en el primer Kamasutra de la humanidad” (García y Angulo: 2006). El mismo cuento de los otros dos.

Al fin me cae el guante de que los tres van a trabajar la frecuencia de masturbación en los pobladores de los municipios Libertador, Sucre y Chacao, respectivamente. O sea: la misma lala tres veces. Me asombro. Pregunto que por qué el mismo tema. Me explican que al doctor Bianchi le conviene determinar con cifras la concepción, frecuencia, asiduidad que tienen los conciudadanos respecto a la masturbación. Al aplicar un instrumento de recolección de datos en cada uno de esos municipios se podrá determinar con exactitud un tema que aún continúa siendo tabú en nuestra sociedad. El doctor se trae entre manos determinarlo en todo el país: entidad por entidad. Y claro, como el Centro de Investigaciones está en varios estados, puede darse el lujo de, al menos, desear ser el pionero en la materia.

Se me prende el bombillo y veo claramente cuál será mi proyecto: la frecuencia con que se masturban los habitantes de la ciudad de San Cristóbal. La ciudad de la cordialidad. La de las mil iglesias. Donde se realiza la Feria Gigante de América. En la que mataron al Catire Henry y nadie pagó por ello.

¿Serán las cifras notablemente distintas?

—Pero mirá a María del Carmen quién la ve: estudió ja, ja, ja. Mínimo saca 20.

—Ja, ja, ja, muy gracioso Orlando.

—No, de veras, María del Carmen, vos nos has dado una sorpresa a todos. (Dice el resapo Ché)

—Es cierto, María del Carmen, muy buena tu exposición.

—Gracias, Mary, la verdad es que le eché bolas.

—¿Y tu amiga?

—¿Qué con mi amiga, Aldo?

—¿Cómo está? ¿Qué dijo? ¿Le gustó el paseo?

—Es verdad, no nos has contado qué te comentó de nosotros. (Dice Orlando con cara de haber hecho una travesura)

—¿Qué va a decir, muchachos? Si nosotros somos un amor. (Suelta Mary en tonito burlón)

(Risas) (Son unos idiotas todos, incluyendo la amordemadre)

—Pues bien, que la pasó bien. ¿Qué más me iba a decir?

—Bueno, la verdad es que a mí me pareció que tu amiga vive enamorada de vos.

(Otra vez risas. Púdranse)

—En serio, María, cuando habla de vos le brillan los ojitos.

(Argentino resapo, cómo lo odio)

—Usted sí inventa, Aldo.

—No, claro que sí, María, no lo vengás a negar. —Sale el Orlando con una sonrisita sarcástica. —Si yo me la calé todo el viaje en el bus y pa' qué, no hizo sino hablar maravillas de vos.

—Ustedes sí la cagan. Yo pensé que el único lengua de yoyo era Aldo, pero ya veo que no. Mejor explíquenme cómo es lo del instrumento a ver si me uno a la fiebre masturbatoria de ustedes.

—María del Carmen tiene novia. María del Carmen tiene novia. Tiene novia. Tiene novia.

(Risas y burlas. Si fuera maracucha les diría *trimarditos*)

## XVI

—hello baby

—hola q mas?

—hay extrañandote baby...x q no as vuelto a conectarte?

—es que estado full

—verdad mucho estudio?

—si, mas o menos

—tu deberias venirte pa'honduras ya mismo aca hay muy pocos sexologos y te arias rica rapidito

—no es tan sencillo. 1ro tengo q graduarme y luego validar el titulo, convalidar, en fin es un proceso

—y como medico nada mas?

—noooooooooo, yo no vuelvo a urgencias mas nunca en la vida

—x q baby?

—eso es horroroso no ni pa'q t cuento

—cuanto gana un medico alla?

—poquito, veinte dolares como mucho

—20? en serio?

—si y hasta menos

—pero baby x q no prendes la camara?

—se me echo a perder tengo q mandarla arreglar

—pero me ves? me ves baby?

—claro, te veo perfectamente

—y q tal baby?

—bien te ves bien musculoso

—con confiansa baby dime lo q quieras con confiansa

—y alla cuanto ganan los medicos?

—aca facil facil puedes hacerte 45 mil lempiras al mes  
baby

—45 mil? cuanto es eso en dolares?

—como dos mil verdes baby

—2 mil? en serio?

—en serio baby bente yo aca te ayudo los primeros meses

—no es facil raul no es nada facil yo quiero terminar mi  
posgrado y hay si irme y montar consultorio

—claro muñeca x eso t digo q t bengas q aca hay mucho  
trabajo

—lo pensare

—bien bien todavia en caracas baby?

—si no he tenido chance de ir a mi pueblo

—x q baby?

—muchisimo trabajo tegucigalpa'es bonita?

—bella baby te va encantar

—te puedes levantar, raulin?

—asi? asi esta bien baby?

—uy siiiiiiiii camina un poquito pa'tras un poquito

—hay?

—si perfecto

—viste baby como m pones

—si si veo una vuelteca

—como ordenes baby

## XVII

—Chama, ¿qué fue lo que pasó con estos panas?

—¿Qué pasó de qué?

—No sé, ¿cómo la pasaron?

—Bien, ¿por qué? ¿Le dijeron algo?

—No, nada, qué chévere, pero cuénteme, cuénteme usted qué tal.

—Bueno, pues la toche buseta esa llegó a las once. Yo a las diez estaba como un chompín en La Previsora y pa' qué, ya la doctora estaba ahí esperándome. Al rato llegó Aldo con su novio, quien resultó ser un carajito. No, chama, pero ese niño es bello. Bello es poco. Parece un ángel, usted lo viera. Ah, bueno, ahí están las fotos del face. Usted lo vio: espectacular. Y además es educado. No parece caraqueño, con eso le digo todo.

—Ajá, ¿y Aldo qué? ¿Le agarraba la mano?

—No, pues mientras esperamos el bus y nos subimos y tal, no se agarraron la mano ni nada, pero allá en la playa armaron una carpa y se han acostado a dormir y cuando se quedaron bien privados adivine qué.

—¿Qué?

—Estos toches se han abrazado como marido y mujer. Entre más se privaban más se abrazaban y se apechugaban. No, de película. Chama yo pensé que me iba a dar una vaina. Yo me imaginé que todos los que estaban en el cayó se nos venían encima y nos linchaban. A ellos por parchas y a nosotros por alcahuetas.

—¿Por qué? ¡Usted sí es exagerada!

—Por qué va a ser, hija, ¿usted en qué país cree que estamos? Yo estaba súper cagada porque acá todavía hay mucha homofobia, de bola. Capaz y nos apedreaban. No sé, yo me puse paranoica, de pana.

—Pero toda la playa, tampoco. Además, tampoco es que somos tan homofóbicos.

—¿No somos homofóbicos? ¿No somos homofóbicos? No me haga reír, hija. A ver: ¿por qué? ¿Por qué más o menos nuestro país no es homofóbico? ¿Porque tenemos la primera diputada transgénero de toda Latinoamérica?

—Entre otras cosas.

(Voy a sonar contundente porque si no a esta se le va a meter el Pedro Zapata)

—Bueno, Mariíta, ‘ta bien: lo que usted diga. Siga creyendo que se va a volver creyón. Yo lo único que sé es que yo estaba impresionada, no ve que eso es un cayo, una islita pequeña, como de una cuadra. Uno no tenía pa’ dónde irse. Si alguien se desnudaba todos lo iban a ver porque no hay casas ni restaurantes, nada, así como usted dijo: no hubiese podido cambiarse ni un toche. Ahí nos ayudamos la ecuatoriana y yo para quitarnos los trajes de baño mojados y ponernos la ropa seca.

De pana que yo me asusté mucho. Y era verdad lo que usted me dijo: a Orlando no se le nota para nada que es gay. Tiene un vozarrón que pa’ qué le cuento. Y un trato increíble. Súper educado pa’ qué. Bueno, todos eran educados.

—¿Y Aldo cómo se portó con usted? ¿Le dijo algo de mí?

—No, para nada. Excelente, él estaba pendiente de su jevo y más nada. No le digo que parecían una pareja en plena luna de miel dentro de esa carpa.

—¿Y la comida qué tal?

—No joda, Maríita, usted es más pajúa. Y que daban todas las comidas, y de desayuno nos tocó unas arepas todas tiesas que llevó la doctora.

—¿Y usted se la vivió diciéndoles doctores a esos toches todo el día?

—¿Y cómo más les decía? ¿Acaso no lo son?

—Pues sí, pero normal, los hubiese tratado de Aldo, de Orlando y de Mary, ya, punto.

—Bueno, pero cómo hago, ya lo que fue, fue.

—Ajá y entonces no le gustaron las arepas tiesas de Mary, ¿qué más?

—Y eso de las bebidas tampoco. O sea, unos refrescos todos aguados y ya. Yo lo que tenía era sed de agua. Me tocó comprar una botellita carísima cuando llegamos a Guanta. Mínimo deberían poner agua, Nestea, refrescos pa'l que le guste y hasta cervecitas. Con esa pepa e sol provocaban unas fríitas.

—¿Y no vendían?

—¿Pero con qué plata, tonta? Y sus amigos no brindan. Son todos más agarrados que burro en bajada. Imagínese que en la parada que hacen en Guatire, cada uno cogió por su lado y se compró sus chucherías en secreto, como pa' que nadie le fuera a pedir.

—Ja, ja, ja, de bola, quién va a estar llevando chucherías pa' otro. ¿Pero usted dijo algo de mí? ¿No dijo nada de que yo chateo con Raúl, no?

—Noooo, ¿cómo se le ocurre? ¿Pero igual usted no había dicho que una vez Aldo le jurungó el celular y le consiguió las fotos sexys de este pana y de ahí no dejaba de joder con el celular suyo?

—Sí, ese remarico todo el tiempo está pendiente de mi celular. Si me descuido me lo jurunga el sapo ese a ver si tengo más fotos. Pero igual usted no comentó nada de nosotras.

—¿De qué? Bueno, ¿de lo que pasó en el Sambil de Sancris?

—¡Ay!, no, ¿en serio? ¿Qué les dijo?

—¿Qué “le” dije?, porque solo se lo comenté a Orlando.

—¡Ay!, no, el más rechismoso de todos, con razón.

—¡Ay!, ya, ni que fuera cosa del otro mundo.

—A ver, ¿usted qué le dijo?

—Nada, la verdad. Que cuando yo trabajaba en el Tecni Ciencia del Sambil en San Cristóbal usted me invitó pa'l cine y nada que aparecía; entonces yo estaba arrecha y cuando por fin apareció venía con un chamo y yo me puse histérica, le armé un peo, le tiré las entradas y me fui pa' mi casa y de ahí en adelante mis compañeros de trabajo no me bajaron de “lesbi pallá y lesbi pacá”. Dijeron que yo parecía una novia celosa. Y su noviecito de ahí pa'lante me empezó a llamar “socia”. Eso fue todo. Es una anécdota graciosa.

—¡Ay!, sí, graciosísima.

—Bueno Maríita, pero usted también me dijo que Orlando estaba interesado en tratarme mi obsesión con los huevos grandes. Yo creí que con eso quedaba claro que yo soy heterosexual, ¿no? Al menos que estos piensen que puedo ser “bi”.

—Usted sabe, Rosaura, que las personas pueden dejar de ser heterosexuales en cualquier momento de sus vidas, independientemente de que estén casadas, con hijos, con nietos. Yo se lo he dicho mil veces.

—Pues sí, pero yo estoy clara de que me gustan los machos. Y ese día usted sabe que yo me puse así porque usted siempre llega tarde, siempre. Y encima llegó con el chamo y yo quería que conversáramos, estaba muy triste por lo de este pana que no había vuelto a aparecer y quería tener una conversación con una amiga. Con mi mejor amiga. Y yo de lámpara tampoco quería estar. Por eso se me volaron los taponos y no quise ir.

—Eso fue en la época en que el pintor que iba a la librería no volvió, ¿verdad?

—Sí, el protagonista del cuento “Sin rastro”.

—Verdad. Pero bueno ya qué, ya lo hecho, hecho está. De todos modos Orlando dijo que usted era muy agradable y culta. Que es una lástima que diga tantas veces “toche”, que eso la afea un poco. Le resta elegancia.

—¿Y de las terapias pa’ dejar mi obsesión por los huevos grandes?

—Todavía está dispuesto, pero no puede atenderla solo porque es un caso clínico muy interesante y supuestamente Bianchi le había comentado antes de desaparecer que si usted conseguía la plata para las terapias él quería estar presente. Llevar el caso él.

—Humm, no hija que se bajen los dos de esa nube, yo plata no tengo. Si quieren tratarme que hagan un acto de caridad y me vean gratis. Es más, me dejo probar un medicamento nuevo o alguna técnica en período de prueba, pero yo plata de adónde.

—Nooo, entonces váyase acostumbrando a vivir persiguiendo huevos de burro porque Bianchi si vuelve no atiende un solo caso gratis más. Lo del trans porque era demasiado importante, le ayudaba a aumentar su renombre, pero una patología como la suya, no, hija, olvídelo.

—¡Ay!, sí, ya, déjese de tochadas y dígame ¿y si uno se puede volver homosexual en cualquier momento de la vida, entonces también uno puede dejar de ser homo y volverse hetero? Porque de pana que ese colombiche está bien bueno. Dígame esos dientes, ¡ufff!, bellos.

—No, hija, con él todo está perdido. Ya las mujeres no le damos nota. Ese ya tuvo mujer, hijos. Olvídelo. ‘Ta más tragado de un bobo allá en Colombia. Yo sospecho que ese

bobo lo chulea. Por ahí lo escuché diciendo que tenía ganas de traerlo acá. Imagínese lo que le va a costar tenerlo aquí dos o tres días. Un platero.

— Ajá, pero no me contestó: ¿se pueden o no devolver pa'l otro bando?

## XVIII

La casa de Pedro queda en una colina. Exactamente en una urbanización en Baruta, con vigilancia privada y jardines reverdecidos artificialmente. Él asegura que ahí también vive, en una de las quintas que resguarda el revigorizado urbanismo, Guillermito Fantástico González, pero yo no le creo. Pedro es un rolo de pajúo. Claro, no tendría nada de raro porque de verdad que en ese conjunto cerrado de quintas –custodiadas fuertemente por una estricta e incorruptible alcabala– puede vivir hasta el papa Francisco. Es demasiado bello. Demasiado tranquilo. Desde allí se ve una Caracas distinta, tranquila, pacífica. Muy lejos está el ruido, la mugre, el caos. Apenas se alcanzan a escuchar los grillos y los pajaritos.

Ir a ese paraíso tiene triple ganancia: no cocino, me alejo de la bulliciosa ciudad y saboreo manjares. Pedro se esmera porque yo me culturice. Me quiere sacar el gocho en tiempo récord. Que aprenda a distinguir una punta trasera de un solomo de cuerito o un lomito. Que distinga los buenos vinos de las baratijas. Que pruebe distintos quesos madurados, pasapalos medio rancios, salsas exóticas y mariscos afrodisiacos. No entiende que a una chica la pueden sacar de su campo, pero sacarle el campo: jamás.

La casa es gigante, pero Pedro solo renta el apartamento tipo estudio del jardín. O sea: la parte más linda, florecida, con mejor vista. Se ha esmerado por impregnarle un toque de autenticidad. Puso cuadros caros en la minisalita y muebles de mimbre debajo del árbol de mango. Compró una parrillera

costosísima y guareció muy bien su licorera con whisky, brandy, coñac. Instaló un Home Theater cuyas cornetas me dejan sorda. Guindó un chinchorro que le resta sobriedad a la decoración, pero demuestran lo que al fin y al cabo Pedro es: un chanchullero.

Sí, Pedro se dedica al Derecho, pero al que precisamente se distingue por ser torcido. Su título de abogado es apenas una maraña para estafar desde viejitos pensionados hasta inquilinos que no quieren desalojar. Sus negocios medio fraudulentos le han provisto de las comodidades que no duda en compartir conmigo. Yo me quedo un fin de semana sí y tres no. Lo evito lo más que puedo. Pero es que sincerémonos: Pedro es un viejo. Un catre. Un feo. Se pinta el pelo con un negro parchoso que a ratos toma tonos rojizos y le confieren un aire ridículo. Usa chaquetas de cuero como si fuera parte de un grupo de rock. Y encima, en vez de cargar un carro decente, tiene un Volkswagen repotenciado y una moto digna de uno de sus nietos. “Todo sea por el pago mínimo de las tarjetas, la comida gratis y las parrilladas familiares”.

En esta se ha esmerado el doble porque vinieron mis compañeros. Creyó que también estaría Bianchi y de milagro no alquiló toldos y sillas. Hay tanto miche, comida y pasapalos que podríamos alimentar por un mes entero a los malvivientes de Capitolio. Los tragasopas de Aldo, Orlando, Mary y Rosaura están más contentos que chino comiendo mocos. La Rosaura no le deja de pelar los dientes al amordepadre; y eso que ya le aclaré que con él no hay ni el más mínimo chance. Esa pobre boba está tan desesperada que se tomó muy en serio el comentario que le hice sobre la homosexualidad: “Entiéndalo, Rosaura, las estadísticas certifican que más temprano que tarde a las mujeres no nos va a quedar más remedio que compartir a nuestros machos con otros machos. Es decir,

vamos a preferir que nos monten cachos con otros hombres a que nos dejen”.

Se ven contentos. Que le saquen bastante conversa a Pedro. Que lo mareen y emborrachen pa' que esta noche no joda. No tengo ganas de fingir nada. No tengo ánimos de probar las nuevas tendencias de la seducción. No quiero olerle el tufo rancio que desprende su piel, su pelo, sus canas cubiertas de tinta china. De todos modos, por si las moscas me bebo un güisquicito seco: más vale prevenir que lamentar.

—Gracias, señor Pedro.

(Dice amordepadre cuando le dan tequeños recién hechos)

—No vale, doctor, por favor: Pedro, a secas.

—¿Dónde compró este jamón, señor Pedro?

(Lanza la amordemadre con su mejor cara de lambucia)

—¿Cómo?

—¿Que dónde compró este jamón? ¡Está divino!

—Ah sí, doctora, acá mismo en el Excélsior de Chuao, el que está en la entrada, antes de la cuesta.

—Ah, ok, riquísimo.

Sale una humareda de la parrillera. Pedro se siente importante. Está rodeado de doctores. Se está luciendo como el meganovio. O sea: el ejemplo de marido. (El “benefactor”, estarán pensando los trimarditos estos). (Seguro que hasta lo han comentado entre ellos cuando Pedro se descuida).

“Ve, María del Carmen, ¿y acá también ponés videoconferencias?”. Alcanzó a decirme el resapo Ché cuando Pedro se fue a la cocina a buscar la carne. “Calle la jeta”, le alcancé a decir con cara de *Calle antes de que le meta un coñazo por sapo*.

—¿Entonces ya es oficialmente R2, Maríita?

(Pregunta Rosaura con una cara ilusionada, parece que hablara de un novio, pobrecita)

—Y nosotros R3, orgullosamente.

—¡Qué bien! Los felicito. A todos.

—Y ya llegó un nuevo R1. Un paisa de Orlando.

(Me regodeo triunfante)

—Sí, pero él sí es de Bogotá.

(Replica amordepadre)

—¿Y por qué no lo invitaron?

—¿Por qué va a ser? Porque tiene que pagar la novatada.

(Espeto de nuevo triunfadora y de inmediato risas)

—Sí, que se gane el puesto como María del Carmen.

(Ché resapo, sangripesado, metío)

—A mí no me bajaban de despalmada.

—Nooo, y serán mentiras que vos sos “distraída”.

(Lo odio)

—Claro que no. Yo a ese cachaco le voy es a montar la pata. Me voy a desquitar todas las que ustedes me hicieron.

—Veee, tampoco, tampoco, María del Carmen, vos si te quejás si fuimos más nobles que unos sacerdotes evangelizadores.

(Risas irónicas. Desgraciados. Ya verán, algún día me las cobraré)

—¿Y vos, Rosaura, ya conseguiste novio?

—Noooo, nada, doctor.

Yo le lanzo una mirada de *Calle la jeta*, no vaya a preguntar por el novio de Aldo y ella al fin me entiende perfectamente.

—Tranquila que eso cuando dice llegar, llega y ya.

(Le contesta Aldo con un gesto de conmiseración que me provoca gritarle *Ay, sí, el experto en amor, pobre toche, agradezca que ese angelito le paró bolas siendo tan refejo y sobre todo tan reesapo*)

—Así es, doctor, así es. Yo no pierdo la esperanza.

—Así es, amiguita, Dios escribe derecho en líneas torcidas.  
(¡Ay!, no, ya se le salió el evangélico a la amordemadre)

Pedro sale con otra tanda de chistorras. Siento que me voy a explotar. A la Rosaura ya se le olvidaron todos los males de barriga.

—Después anda quejándose, Rosaura: ¡ay!, me duele la panza, ¡ay! Así como en el cuento. Al fin lo leí. Me cagué de la risa con lo de los orgasmos.

—Deje de joder, usted sí es, ¿va a venir a arruinar el momento Kodak?

(Esta como que ya está rascada porque el comentario del cuento le entró por una oreja y le salió por la otra. Eso sí que es una verdadera novedad)

—Yo nada más digo, después no ande chillando. Venga más bien y le doy un antifatulento pa' que prepare ese estómago pa' la parrilla. Ya Pedro como que va a servir.

Me la llevo para la única habitación del apartaestudio. Es pequeña y está pegadita a la minisala. En realidad no otorga mucha discreción que digamos, pero no tengo otro lugar.

—Pilas con comentar lo del novio de Aldo o la mariconería de Orlando, shhhh y mucho menos, escúcheme bien: muchísimo menos las videoconferencias con el hondureño.  
¿Me oyó?

—Sí, ¡claro!, ni que yo fuera loca.

—Yo veré, Rosaura, yo veré.

—¡Ay!, ya, si es cansona. Calle la jeta más bien y dígame ¿qué pasó con el doctor Bianchi?

—A ese lo vamos a linchar.

—¿Y eso?

—Pues que el viejo no estaba preso, ni de parranda y mucho menos en un congreso en Miami.

—¿Y entonces?

—Andaba en un crucero por el Caribe, ¿qué tal?

—¿En serio? ¿No será una coartada?

—Coartada es la que va a necesitar para explicarnos cómo él sí puede irse a un crucero y nosotros debemos conformarnos con esa beca tan miserable, ¿ah?

—¿Y los policías que vinieron buscándolo?

—Nada, hija, eran unos pacientes. A la final...

—Al final.

(Qué peo con su corregidera. ¿Será que también la odio?)

—Al final, el par de tombos lo que querían era ayuda pa' salir del clóset. Ya esta misma semana comienzan las terapias.

—¿Pero por qué llegaron preguntando por Bianchi? Específicamente él. Pudieron decir “Necesitamos orientación. ¿Cómo se pide una consulta?”. O qué sé yo. Pero precisamente preguntaron por Bianchi, ¿no?

—Coño, hija, ¿va a seguir? El marico Ché se equivocó o mejor dicho no aguantó a escuchar el chisme completo. Ellos venían recomendados por otros maricos y, claro, llegaron preguntando por Bianchi porque seguro ese fue el nombre que les habían dicho. Total, al Centro lo conocen como La Bianchi, ¿o no?

—Yo sigo pensando que ese viejo es un asesino serial. Seguro que movió sus influencias y se libró de ese crimen. Y de quién sabe cuántos más.

—No, tonta, ese carga una cara bronceada que lo delata a cuadras de distancia. Él creía que no nos íbamos a dar cuenta, pero ni que fuéramos toches. Además, la mujer lo vendió porque mandó a hacer las reservaciones con la administradora y esa es más rechismosa.

—Hummm, ¿y quiénes lo van a linchar?

—¡Todos! Ya tenemos armado el plan. El lunes lo sentamos y le ponemos los puntos sobre la íes. Ya está bueno. ¿Qué es eso de que él sí puede pasear y darse la gran vida y nosotros acá pelando? No, chama, me da una arrechera.

—¿Y quién propuso la idea de confrontarlo?

—Yo, ¿quién más?

—¿Y no le da cague? ¿Que la bote del posgrado y se quede sin chivo y sin mecate? Esa actitud sindicalista es muy peligrosa, Mariíta.

—Noooo, qué toches, ¿dónde va a encontrar Bianchi esclavos como nosotros? Que le hacemos de todo: pasamos consulta, le corregimos, investigamos para que él publique, ¿dónde?, dígame, ¿dónde?

—Pues sí, eso es verdad. Pero también es verdad que ustedes no son los primeros becarios, ¿no? Tiene años en eso, ¿o no?

—Sí, pero en otra época la plata alcanzaba. Ahora no, ahora ninguna plata alcanza y él debe estar consciente de eso. ¡De pana!

—Pues sí. No, y usted no sabe lo peor.

—¿Qué pasó?

—Que al Catire Henry al final no lo picaron en pedacitos ni nada de esas tochadas que me escribieron.

—¿Y entonces?

—Lo molieron a palos. Al final las autopsias (porque le hicieron dos) (imagínese que exhumaron el cadáver a los meses de muerto y todo) arrojaron que la causa de la muerte fue una paliza.

—¿Y usted de dónde sacó eso?

—Del expediente de la PTJ.

—¿Y quién se lo prestó o qué? ¿Cuándo fue usted pa' Sancris que no me avisó?

—No, tonta, un periodista amigo mío del diario *Los Andes* buscó el expediente original y entrevistó a los familiares. En fin, hizo un trabajo de investigación arrechísimo para el aniversario del periódico y pum: al chamo lo que le dieron fue una coñaza de padre y señor mío.

—¿Y “al fin” quién se la dio? (Antes de que me corrija otra vez)

—Todavía es un cangrejo. Parece que calmaron a la opinión pública con unos chivos expiatorios, pero todo el mundo cree que el asesino o los asesinos siguen libres.

—Bueno, pero entonces todo lo que le escribieron no fue pura paja porque yo recuerdo que en uno de los mensajes hablaban de gente presa que en realidad no había hecho nada.

—Es verdad. Y lo sádico del crimen, la impunidad, las influencias, todo eso era cierto. Al final, Radio Bemba no es tan chimba.

—Bueno, volvamos a la fiesta antes de que Pedro venga a chismear qué coños estamos haciendo acá solas o a los otros se les vuelva a alborotar la idea de que usted y yo tenemos algo.

—Ja, ja, ja, ¡qué estúpidos! ¿En serio?

—¿Y todavía lo duda? Usted sabe cómo son.

—Sí, vamos, mejor vamos. Por cierto que Pedro se botó: todo riquísimo.

—No, y deje que pruebe la guasacaca. Mmmmm pa' chuparse los dedos.

Afuera ya están los talentos continentales comiendo parrilla, yuca, ensalada, Coca Cola...

—Ajá, cómanse algoito ja, ja, ja.

(Digo extasiada con un tonito de *Sí, traquen, traquen muertos de hambre pa' que después no anden diciendo que yo estoy con Pedro solo por las tarjetas*)

Ninguno contesta. Tienen las bocas a reventar. Viéndolo bien ya no me parece tan resapo el argentino. Tampoco tan sabelotodo el colombiche. Y la Mary... bueno, la Mary es pana. De todos modos voy a estar pendiente del celular y sobre todo de las imprudencias de Rosaura: la gente no cambia, con el tiempo más bien empeora.

## XIX

*Ay qué linda es esta vidaaaa/ aunque a veces duela tanto/ y a pesar de los pesares/ siempre hay alguien que nos quiere, siempre hay alguien que nos cuida...*

—¿Aló?

—¿Mariíta?, ¿cómo amaneció?

—Coño, Rosaura, usted sí jode, ¿‘ta viendo la hora qué es? Me duele la cabeza. Ese whisky como que estaba puyao.

—Boba, ya son las once.

—Claro, como usted no fue la que se quedó recogiendo el mugrero que dejaron anoche.

—Bueno, pues despiértese porque le tengo una bomba.

—¡Ay!, no, Rosaura, no estoy pa’ sus cuentos de caminos, déjeme dormir.

—Chama, pero es que se va a desmayar.

—No, ya me imagino: “Me llamó el negro”; no, mejor: “Conseguí uno con un huevo de rinoceronte”.

—¡Ay!, póngase seria que de pana la vaina es paradora de pelos.

—A ver, cuente pues.

—Apareció otro trans tiroteado. Una tal Alessa.

—¿Qué?

—Sí, así mismito como escuchó.

—¿En La Libertador?

—No, en El Rosal.

## XX

—¿Llegaste?

—De bola, yo no soy como usted.

—No joda, Rosaura, ¿y entonces dónde está?

—En Planta Baja. ¡Baje, pues!

—No puedo, todavía estoy recogiendo el video beam. Pero suba, ni que fuera tan difícil. Pregunte.

—Yo no veo a nadie. Esto ‘ta más solo que la una.

—Debe haber alguien. ¿Aló?

—Acá siga. Mi perol ‘ta jodiendo, de milagro salen los mensajes de texto. Yo como que mejor la espero acá. Apúrele más bien.

—No joda, ¡suba! Así me ayuda.

Ya todo el mundo se fue. No sé por qué carajos me dejaron de última. Ya nadie me paraba bolas. Mi exposición fue como un soliloquio. Todo el mundo puro pendiente de irse. Bianchi me jodió. Debe ser una venganza por la encerrona que le hicimos pa’ que nos aumentara las becas. Seguro. Rosaura tenía razón: ser sindicalista en este país es un suicidio.

Hay demasiado silencio para mi gusto. Suena el ascensor. Se abren las puertas con un ruido chillón. Ya las consultas no dan ni pa’ puertas ni menos ascensores anticuados. Es él. Tiene cara de arrecho. No parece el amigable y risueño conductor del programa televisivo nocturno. Al que la papa en la boca le arroja un toque tierno. Tiene cara de asesino. ¡Jesús, María y José! Y yo aquí sola. Sale con paso acompasado. ¿Traerá una pistola en el cinto?

—¿Todavía acá, María del Carmen?

Su voz no es ni tierna ni amigable. Ni siquiera es enojada como el día del reclamo. Todavía allí, acorralado por nuestras peticiones, parecía más amable y condescendiente. Ahora trae cara de pocos amigos. Es una transfiguración. Nada que ver con el anfitrión del evento de hace rato. Nada que ver con el de la presentación en Power Point que trajo el jalabolas del Aldo, donde se le rendía un homenaje a su trayectoria. En cada foto se mostraba mucho más buena gente de lo que parece en este instante. Ahora es otro hombre. ¿Cómo podría inmovilizarlo? ¡Mide casi dos metros!

El silencio es aterrador. Rosaura dijo que en planta baja no había nadie. Estamos solas. Si grito no me va a oír nadie. ¡Jesús, María y José! ¿Qué voy a hacer?

—Sí, doctor, los muchachos me dejaron botada.

Sigo guardando el video beam. No consigo que ese amasijo de cables entre en la cajita. Me sudan las manos. ¿Por qué Rosaura me tenía que sembrar la idea de que este barbudo candoroso podía ser un asesino serial? ¡Maldita sea haber sido la última en exponer!

—...Pero ya casi estoy lista y abajo hay una amiga mía esperándome —Digo nerviosa. Cualquiera pensaría que soy tartamuda.

—Qué raro. ¿Quién la dejaría entrar? —Contesta dubitativo.

—¿Cómo que quién la dejaría entrar? Pues el vigilante, ¿no? —Trato de sonar segura y hasta graciosa.

—Le ordené que se fuera apenas bajara el último invitado.

Trago grueso. La saliva me sabe amarga. Ya no solo me sudan las manos, sino que me tiemblan las piernas. Es una sensación intensa. Es como si de pronto me regresaran a la infancia y estuviera debajo de las cobijas protegiéndome de

los fantasmas de los que hablaban los pajúos de mis primos. Esos corrientazos que te atraviesan la espalda cuando estás cagao de miedo.

Cierro al fin esa maldita caja y tomo mi bolso.

—¿Vamos? —Pregunta con tono imponente. Apaga las luces y lo único que queda es el ascensor. Mis piernas no quieren reaccionar.

—¡Vamos! —Ordena desesperado.

El silencio se interrumpe por las puertas del ascensor cerrándose. Al irse, se va con él mi última esperanza de salir viva. Puedo caer desmayada ahí mismito. Estoy sola y encerrada con un asesino en serie. Con el mismísimo psiquiatra del presidente de la República; con el sexólogo más prestigioso del país; con el bonachón aparentemente más inofensivo del planeta. Encerrada y sin la más mínima posibilidad de escapar, ni gritar ni patear. Si me asesina como a La Lulú nadie investigará. A nadie le importará, como a nadie le importan los cientos de cadáveres que aparecen año con año en las morgues de Venezuela. A los que nadie llora.

No dice nada. Aquel que habla y habla cuando está rodeado de alumnos, colegas e invitados. Ese mismo que hace rato no podía parar de conversar, reír, aplaudir y dejarse adular. Ese mismo estaba parado frente a mí con cara de criminal. ¿Estoy frente al doctor Jekyll o al señor Hyde?

Salgo del inesperado letargo y camino despacio. Va al lado mío. No delante ni detrás, justo al lado. No muestra apuro. Me toma del brazo. Suave. Sin violencia. Siento un escalofrío, pero no paro de caminar. Quedan apenas pocos pasos para llegar al ascensor. Me cuesta respirar. Siento su fuerza. Puede despedazarme el cuello en segundos. Puede fácilmente sacar un pañuelo lleno de cloroformo y desmayarme. El video beam se hace ligero. Mis piernas son plumas. Les corren descargas

interminables que me cortan la voz. No hay caso: ¿para qué gritar?

El silencio se vuelve a interrumpir con las puertas del ascensor abriéndose. La luz que desprende debe parecerse a aquella que ven los pacientes durante una operación y confunden con el paso entre la vida y la muerte. Rosaura nos ve con cara aterrada. Es como si mis miedos se hubiesen dividido en dos y le invadieran el cuerpo. No dice nada. Solo nos queda viendo asustada. Bianchi y yo entramos y de inmediato la puerta se cierra. Intercambiamos miradas. Nadie dice nada. Lo único que se oye es el panel del ascensor cuando indica el piso al que va llegando. Son como las campanadas en los entierros. El corazón puede reventárseme. Rosaura debe estar a punto de desmayarse. Es más cobarde que yo. Estoy segura de que sabe que estamos frente a Bianchi. Aunque no hayan hablado nunca, lo ha visto en televisión. Lo reconoce como lo hacen millones de venezolanos que pierden su tiempo sintonizando su fraude de talk show. Es capaz hasta de imitarle la manera en que arrastra las eses. Ella fue la que le inventó lo de “habla como si tuviera una papa en la boca”. Sabe que es él y por eso no habla. Por eso pone esa cara de horror. La veo como diciéndole que estamos perdidas. Hay miedo, pero también resignación. Nos lo merecemos por estar removiendo historias del pasado. Debimos hacerle caso a su amiga y no indagar sobre la muerte del Catire Henry. Lo que andas buscando, también te busca, dijo un amigo mío.

Nadie dice nada. Parece un acuerdo tácito. Un pacto que se firmó con anterioridad. En el aire solo puede percibirse el miedo que expelemos Rosaura y yo, y el exquisito perfume de Bianchi. ¿Será Ralph Lauren o Lacoste? Sin duda este psicópata tiene buen gusto.

El rictus sepulcral se ve interrumpido por un ringtone que no había escuchado antes. Insiste. Bianchi no contesta, solo deja que nos aturda. No sé si es mi paranoia, pero suena como el clásico “Asesinato” de Bernard Herrmann. Persiste. Lo que falta es el cuchillo carnicero y el agua cayendo en la regadera. Los gritos los puede poner Rosaura. ¿O seré yo más gritona que ella?

—Dime, amor... Sí, voy saliendo, tranquila, yo lo llevo, no te preocupes... Claro, claro, no se me olvida, pierde cuidado.  
—Contesta amoroso.

Al tiempo, comienza a sonar la alarma de emergencia: el ascensor se ha quedado trabado. Ahora retumba en mis oídos —a pesar de que ningún celular está sonando— el “Ave Satani” de Goldsmith.

FIN

# NUBES NEGRAS

## SOBRE BIANCHI

de Yady Campo Ramírez, se terminó de imprimir en septiembre de 2018 en los talleres de Litográfica Dorantes. El tiraje consta de 500 ejemplares. Coordinación editorial: Lucina Ayala López. Corrección de estilo: Ma. del Socorro Zepeda. Formación y diseño de portada: Mayra Flores Mercado.

*Editora responsable:*

GABRIELA LARA



Fotografía: Ana Berta López



**YADY CAMPO RAMÍREZ.** Nació en San Cristóbal, Venezuela (1977). Magíster en Literatura Latinoamericana y del Caribe, definiéndose más como narradora que como crítica literaria. Finalista en el I Concurso de Narrativa Breve Villa de Madrid (España, 2015) y en el I Concurso de Cuento Corto Álvaro Cepeda Samudio (Colombia, 2005).

Ha publicado los libros de relatos *Cuentos de caminos* (2006) y *Thanatos Agency* (2008 y 2012). Forma parte de varias antologías junto a jóvenes narradores venezolanos.

Con *Nubes negras sobre Bianchi* se estrena como novelista.

**IMAGEN DE PORTADA: TÍTULO:** *Entre la maldad y las sombras* (fotografía capturada en las calles de Caracas, Venezuela, 2018).

**AUTOR:** Raúl Romero

(Con un agradecimiento especial para Juan Carlos Viera, quien colaboró en la gestión de la fotografía).

# NUBES NEGRAS SOBRE BIANCHI

La novela *Nubes negras sobre Bianchi* destaca por el tono del narrador, una voz femenina con un dejo insolente, desenfadado e informal que engancha desde las primeras páginas. La novela está salpicada por episodios narrados en clave de humor negro, al tiempo que aborda temas de actualidad como la corrupción en la ciudad de Caracas, las relaciones de poder y la discriminación y los juicios a los que se somete la sociedad LGTB. Es una novela en la que se equilibra el peso entre los distintos personajes, que navega entre las aguas de la novela policial, el thriller y la sátira social.

*Laura Martínez Belli*

Destaco, sobre todo, la voz original desde la que la autora construye una voz femenina que exhibe con naturalidad un marco sexual, laboral e interno interesante y salvajemente urbano. Desde el principio y atravesando distintos desplantes formales, la historia no aminora la velocidad dramática. Lo que me interesa, además, es el lucimiento de un universo personal que ata lo que hiere con lo que cura, como pedía Henry James.

*Jaime Mesa*

*Nubes negras sobre Bianchi* tiene todo lo que una buena novela debería procurar: prosa, agudeza, visión social, capacidad de observación y de imaginación. Es un libro inteligente y, sobre todo, muy disfrutable.

*Antonio Ortuño*

SDC

